

La Ilustración Artística

AÑO XVII

BARCELONA 31 DE OCTUBRE DE 1898

Núm. 879



EL RESPONSO EN EL TEMPLO, dibujo de N. Méndez Bringa

SUMARIO

Texto.— *La vida contemporánea. De requiem*, por Emilia Pardo Bazán. — *Pensamientos*. — *Vicente Nicolau Cotanda*, por R. Monner Sans. — *La siesta*, por Ricardo J. Catarineu. — *El responso en el mar*, por Rafael Altamira. — *Nuestros grabados*. — *Problema de ajedrez*. — *Mentira sublime*, novela (continuación). — *La cuestión de Fachoda*, por A. — Libros enviados a esta Redacción por autores ó editores.

Grabados.— *El responso en el templo*, dibujo de N. Méndez Bringa. — El pintor *Vicente Nicolau Cotanda*. — Tablita que pintaba Cotanda cuando le sorprendió la muerte. — *Monumento á Andersen erigido en Copenhague*. — *Entre dos fuegos*, dibujo de J. Díaz Molina. — *Capricho fotográfico del Dr. don Francisco Ayerza, de Buenos Aires*. — *República Argentina. Vistas del puerto de Cosquín y del río San Francisco*, grupo de cinco grabados. — *El responso en el mar*, dibujo original de Vicente Cotanda. — *El día de Difuntos*, dibujo alegórico de Gustavo Bacarissas. — *Rosario monumental en el camino de la Cueva de la Virgen de Montserrat. Segundo misterio de dolor*, obra de Agapito Vallmitjana y Francisco del Villar. — *Cabeza de estudio*, escultura de Prudencio Murillo. — *Atril de nogal regalado por el pueblo de Cádiz al Excmo. Sr. Marqués de Comillas*, obra de Juan Rosado y Ruiz. — *Conflicto anglo-francés. La cuestión de Fachoda*. — *Ofelia*, cuadro de Ricardo Falkenberg. — *Grupo de carneros*, cuadro de Rosa Bonheur. — *Leñadoras*, cuadro de N. Díaz de la Peña.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

DE REQUIEM

Aun cuando ya prescribieron aquellos artículos de retórica funeraria que antaño solían consagrar los periódicos de Madrid y provincias, en primera plana y con orla negra, á la conmemoración de fieles é infieles Difuntos; aun cuando el subgénero literario que constituían tales artículos está mandado recoger, y yace en el almacén de trastos viejos, en compañía de los cuadros de pelo con la urna, el sauce llorón y allá á lo lejos el rielar de la pálida luna sobre el lago, el asunto que los artículos trataban es ¡ay! de actualidad perpetua, y así como los místicos pudieron decir que la muerte es la única verdad de la vida, los cronistas debemos afirmar, sin temor á que nadie nos desmienta, que no hay cosa más contemporánea que el morir.

Nos han informado estos días los periódicos de que en los cementerios matritenses, durante un período de tiempo relativamente corto, han sido sepultadas doscientas mil personas; la mitad del censo de la capital. Medio Madrid, en cortos años, ha emigrado á la necrópolis. Con mayor lentitud le pueblan y rellenan los humildes camposos rurales; pero al fin llega el instante en que ya no cabe más carne muerta bajo la tierra fertilizada por el horrible abono, y es preciso remover las fosas, juntar y hacinar los huesos en el osario, y dejar libre el espacio en que poco á poco vendrán á tumbarse y á dormir el sueño inquebrantable y sin pesadillas los que hoy tanto se afligen por un aumento en los consumos ó por una merma en la cosecha del maíz...

* * *

A pesar del neomisticismo literario y artístico, hoy se descuida bastante la contemplación espiritual de la muerte; los más la consideran con la indiferencia que inspira un fenómeno natural, desenlace y peripécia última del drama de la vida, y nunca, por otra parte, se ha procurado retardar el desenlace con tanto empeño y prolijos cuidados. La higiene, que es la medicina preventiva, y la medicina, que es la higiene represiva, ganan terreno incesantemente. La persona más desprevenida de su salud toma hoy precauciones y se atiende con medicamentos y métodos que eran desconocidos á nuestros padres. Sería curioso poder averiguar si con tanto remedio, tantos baños y aguas, tanto régimen y tan numerosa atención otorgada al cuerpo, es hoy superior la longevidad en la especie humana. Comparemos una clase de datos estadísticos: las fechas del nacimiento y fallecimiento de los escritores célebres de Francia, por ejemplo, en el siglo XVII y en el XIX. Tomemos, al azar de la serie, en un Manual de literatura, catorce nombres del 1600 y otros catorce del 1800. He aquí el resultado: Siglo XVII. Viall, 36 años de vida; Pascal, 43; Voiture, 50; Descartes, 54; Molière, 55; Hardy, 61; Balzac — el poeta, — 64; Vaugelas, 65; La Rochefoucauld, 68; Malherbe, 73; La Fontaine, 74; Bossuet, 77; Corneille, 79; la señorita de Scudéry, 94! — Siglo XIX. Baudelaire, 48; Balzac — el novelista, — 51; Flaubert, 59; Gautier, 61; Renán, 64; Taine, 65; Vigny, 66; Augier, 69; Jorge Sand, 72; Dumas,

hijo, 74; Sainte Beuve, 75; Leconte de Lisle, 76; Michelet, 76; Víctor Hugo, 83. — Es decir, que en el siglo XVII encontramos un escritor que pasa de los 30, otro que pasa de los 40, tres que pasan de los 50, cuatro que pasan de 60, cuatro que pasan de 70 y uno que pasa de 90; y en el XIX, hay uno que pasa de 40, dos de 50, cinco de 60, cinco de 70 y uno de 80. El término medio de la longevidad parece superior en nuestro calumniado siglo; pero sería preciso, para afirmarlo, comparar mayor número de fechas, y además, los escritores suelen, no sé por qué, tener la vida dura; así es que sólo á título de curiosidad, al acercarse el día de Difuntos, he cotejado dos generaciones literarias, á ver cuál de las dos arraigó más tiempo sobre el planeta.

* * *

Si antaño se ha repetido que todo el año es Carnaval, hogaño debe decirse que fué todo él Difuntos. Hemos enterrado, sucesivamente, la esperanza, la honra nacional, la reputación que aún hacía en Europa poético y glorioso nuestro nombre; hemos enterrado la fortuna pública, la herencia de nuestros antepasados, la soberanía española en Ultramar, la fe en muchas cosas, en infinitos hombres, en instituciones y organismos que nos parecían inmortales; y hasta hemos acompañado á la sepultura á nuestro propio corazón de patriotas, helado y paralizado por tantos desengaños, lacerado por tantas espinas. En vez de preguntar quién se ha muerto aquí, preguntemos quién ha quedado vivo; qué es lo que todavía palpita, qué es lo que aún siente circular el torrente de la sangre por las venas.

Si bien lo mirásemos, el lugar más adecuado para reunirnos este invierno sería alguna Sacramental. Nadie se horripile, nadie diga que evoco imágenes repulsivas. Los cementerios no tienen en sí mismos cosa que repugne, asuste ó entristezca: Teófilo Gautier, al describir los de Turquía, traza un cuadro tan riante y seductor, que cautiva la fantasía y los sentidos. Son los cementerios turcos, según el relato del brillante estilista, vastos jardines poblados de enormes cipreses centenarios, y donde las rosas, los laureles y las adelfas crecen y embalsaman el aire con su penetrante perfume. Las aves, atraídas por el espeso y cerrado ramaje de los viejos árboles protectores, gorjean y anidan en paz. Las tumbas, ocultas por el musgo y la tupida vegetación, sólo se adivinan por las estelas ó cipos de mármol pintados de azul, terminados por un turbante y que llevan inscrito en oro algún versículo sagrado, alguna sentencia elocuente. Me figuro yo que las tales estelas deben de asemejarse á los techos árabes de la Alhambra, ó á los trozos de su delicada arquitectura. Lo que más contribuye á quitar á los camposantos (llamémoslos así) turcos todo sello de tristeza, todo aspecto depresivo para el ánimo, es que los toman como centro de recreo y de honesto esparcimiento los habitantes de Constantinopla. Hacen el oficio de los *squares* ó parques públicos en Inglaterra y Francia; son los pulmones de la capital, y al pie de las sepulturas y al fresco abrigo del arbolado platican las comadres del barrio, juegan los niños, se merienda, se respira la deliciosa brisa del Bósforo. Algo muy semejante á esto cuenta Pedro Loti en su novela *Fantasma de Oriente*.

No se crea, sin embargo — y hay que decirlo para dar á cada cual lo suyo, — que la charla y la reunión de gente en Turquía son cosa que mete bulla. La gravedad del musulmán le permite recrearse en un cementerio sin faltar al respeto á la muerte, que es para ellos muy venerable. La convivencia con los difuntos no entraña irreverencia; al contrario, cariño y asiduidad. Nosotros nos acordamos de los nuestros una vez al año; ese día les ofrecemos flores, luces, oraciones; el turco, en cambio, no deja pasar día sin cultivar el jardinete ó canastilla de flores que planta al pie de la estela fúnebre.

El cementerio de Pera — turco también — domina una vista admirable; se otea y registra desde él la entrada del Bósforo, el mar de Mármara, la línea preciosa del Serrallo, las torres y cúpulas de la ciudad; y por gozar de tan hermoso panorama, acude la gente elegante por vía de distracción, y se da cita allí lo más selecto de la sociedad cosmopolita que en Constantinopla reside. Análoga costumbre seguían los romanos, convirtiendo á la Vía Apia, doble hilera de sepulcros, en animado y concurrido paseo. Los *colombarios*, elegantes edículos donde se guardaban en ligeras urnas de rojizo barro las cenizas de los muertos, eran también á manera de pabelloncitos donde cada familia distinguida, en las tardes veraniegas, recibía á sus amigos y conversaba con ellos, viendo pasar el gentío.

* * *

Ya sé que nuestras ideas religiosas y nuestras convicciones pugnan con este modo de entender la muerte. Sin embargo, no sería difícil recordar ciertos hábitos y tradiciones que en la conmemoración de los Difuntos y en las ceremonias fúnebres introducen la nota familiar, casi diré la nota alborozada y festiva. En Madrid, por ejemplo, nadie ignora que en el día de Difuntos se expenden en las confiterías dulces especiales, buñuelos y *huesos de muerto*, lúgubre golosina cuya forma recuerda la de una tibia humana. En mi tierra se solemniza la fecha con castañas nuevas y vino mosto, el primer vinillo de la recién pisada uva. El mosto, que es picón y vivaracho, no inclina, ¡qué ha de inclinar!, á reflexiones de ultratumba; pues los buñuelos madrileños, ya se sabe que llaman á gritos por el tinto viejo, y las excursiones al Campsanto suelen dar fin en los santuarios de Baco, ó quién sabe si en sitios peores. ¿Y qué diré de los famosos y nunca bien ponderados *velatorios*, ni de las comilonas y refrescos que se consumen con el muerto de cuerpo presente? Cuantos han vivido en el campo saben á qué atenerse respecto á tan desafortado abuso. En casa muy hidalga, pero de aldea, vi yo con mis propios ojos los preparativos de uno de esos festines que en tan extraña ocasión se ofrecen y aceptan, y aún no he vuelto del asombro que me produjeron aquellas groseras bodas de Camacho disfrazadas de entierro. Codillos y cachuchos de marrano por medias docenas; un rimero de quesos; dos cestas de ojaladres, polvorones, mantecadas, biscotelas y mazapán; carne en zorza para mantener á un regimiento; y por añadido, apopléticas botas de añejo Rivadabia, sin que faltase el oloroso café, ni los cajones de puros. Y como yo manifestase disgusto y reprobación, dijéronme (y me decían la verdad) que en el país sería en extremo mal mirada y censurada la omisión del opíparo banquete. No es sólo en España donde así se piensa. En la admirable novela *El deseo*, de Hermann Sudermann, cuya acción pasa en Alemania, encuentro el relato de un atracón mortuorio; otro puede leerse en el *Assommoir*, de Zola, que tiene por escenario los barrios bajos de París.

Todo el mundo es como nuestra casa... Dondequiera se pueden registrar estos contrastes casi humorísticos entre la majestad de la muerte y la prosa de la vida, entre el hoyo y el bollo. Acabo de leer un ameno libro que se titula *Cartas finlandesas*, del Sr. Ganivet, y no es el capítulo menos entretenido el que lleva por epígrafe «Cómo se mueren los finlandeses.» Parece que aquella gente, de suyo formal y práctica, al sentir que *va de veras*, se traslada voluntariamente al hospital. Lo hacen los ricos igual que los pobres: es un medio de evitar los quebrantos, los trastornos y los dispendios que trae consigo, pasada á domicilio, una larga enfermedad. Añade el cronista que los entierros son una de las fiestas más animadas del país; que la traslación del cadáver es en cierto modo procesional, y que las esquelas de defunción publicadas en los periódicos ostentan un derroche de lirismo increíble, á pesar de lo cual, la familia «que llora con profundo duelo» al difunto, la enlutada familia, se va á derramar sus ríos de lágrimas... al teatro; pues cabalmente, dicen, por lo mismo que les agobia la tristeza, son quienes han menester distracción, y no aquel á quien nadie se le ha muerto...

Seamos tolerantes con el criterio de cada nación. Pensemos lo que dirá de nosotros el finlandés á quien se le ocurra escribir las *Cartas españolas*, al observar que el día de Difuntos todos los teatros de España funcionan para representar un drama de amores, raptos, desafíos, cuchilladas, travesuras, apuestas, celos, sacrilegios, asesinatos, orgías y diabluras de toda especie; un drama en que al final, es decir, después de morir el héroe y autor de tantos desafueros, recibe en premio la gloria, ganada por un punto de contrición entre un millón de pecados mortales... ¡Y si supiese el finlandés que á mí misma, que escribo esto, no me agrada pasar el día de Difuntos sin oír el *Tenorio!*

EMILIA PARDO BAZÁN

PENSAMIENTOS

El mayor azote de un pueblo es el optimismo.

P. LEROY-BEAULIEU

* * *

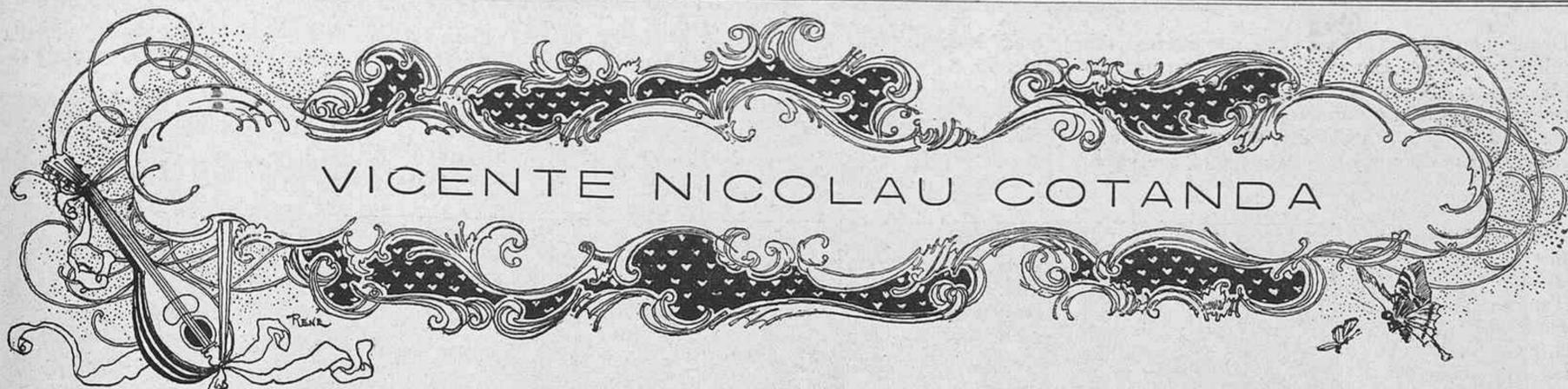
Desde el momento en que cesa el deseo de vivir, puede decirse que ha cesado la vida.

LA EMPERATRIZ ISABEL DE AUSTRIA

* * *

Cuando la hipóbole deforma el idioma nacional, es que la mentira está á punto de corromper el alma de la nación.

CHANTAVOINE



VICENTE NICOLAU COTANDA

Murió pobre. Era un artista. Le conocí en la condal ciudad allá por los años 84 cuando de las playas del Turia se trasladó al castillo de San Fernando para recoger apuntes que más tarde le sirvieron para pintar su celebrado cuadro *El cadáver del general Alvarez ante el pueblo de Figueras*.

Desde entonces nos unió cariñosa amistad. Su escultural cabeza llamó desde luego mi atención, y en su mirada viva y penetrante, que más que la edad los desengaños fueron amortiguando, se descubría la llama del genio. A vivir Cotanda en Roma, en París, en Madrid, á moverse en otro escenario, hubiese sido sin duda uno de los más genuinos representantes de la escuela de Juan de Juanes. No sé si me engaño al creer que á Cotanda lo mató la falta de ambiente y la sobra de envidia.



El pintor Vicente Nicolau Cotanda, fallecido en Buenos Aires en 3 de junio último (de fotografía de Freitas y Castillo).



Tablita que pintaba Cotanda cuando le sorprendió la muerte

Vino á Buenos Aires como han venido tantos artistas, creyendo que el oro proporciona gusto estético; y se encontró con que para vivir con sibarítica modestia tenía que recurrir á dar lecciones de dibujo y pintura.

¡Cuántas veces venía á mi casa el laureado artista saguntino para hacerme partícipe de sus penas y congojas, y cuántas para detallarme ilusiones que más tarde el tiempo desvanecía!

Recién llegado, y porque por mí supo la devoción que la República tiene á la Virgen de Luján, quiso trasladarla al lienzo. Terminado el cuadro, y suponiendo que los colocaría fácilmente, pintó dos más, y ¡mentira parece!, el primero lo regaló al Club Católico, del cual era entonces presidente el célebre orador D. José Manuel Estrada; el otro fué á parar á un colegio de Campo, y el tercero lo rifó, ¡cobrando por él 160 pesos!

Más tarde quiso inaugurar la pintura histórica. Pintó *El fusilamiento de Dorrego* y *La herida del general Mitre*, colosales lienzos que murió sin ver colocados en el Museo de la capital argentina, y lo que es peor aún, sin probabilidades de que allí fueran para patentizar con el amor á la patria de varios de sus hijos la valentía de su pincel.

Un rasgo pintará el hombre.

Cierto artista, sabiendo la amistad que me unía con Cotanda, vino á encontrarme para que en su nombre le pidiese un informe.

Escuchó el pintor mi petición, y cuando hube acabado me dijo poco más ó menos las siguientes palabras:

— Me ha perjudicado mucho y no merece lo que me pide *Fulano*; pero ¡qué diablos!, lo haré si esto puede servirle.

Y lo hizo y le sirvió.

Al artista lo juzgará la posteridad; que en Madrid, en Cádiz, en Valencia, en Barcelona, en la República Argentina, hay lienzos suficientes para apreciar lo que valía el pintor valenciano. Al hombre lo habíamos juzgado cuantos le dábamos la mano de amigo. Era una hermosa cabeza y un gran corazón.

Buenos Aires. — 1898.

R. MONNER SANS

LA SIESTA

I

El día era claro, y resplandecía deslumbrador el cielo azul.

La verde persiana ocultaba el mirador de cristales y defendía débilmente la habitación contra el calor excesivo de la atmósfera y contra la luz abrasadora del sol.

El mantel sobre la mesa, la cafetera sin limpiar, las tazas goteando en los platos, denunciaban que se acababa de almorzar en la casa.

Dos canarios, entre dorados y amarillos, entonaban sus más complicadas melodías, encerrados en sendas jaulas colocadas sobre dos veladorcitos chinoscos.

En una de estas mesitas veíase desplegada una carta en papel pequeño, perfumado y coquetón, que sin duda era escuela femenina.

Decía así:

«Querida Sara: Aunque te has vuelto tan retraída, te suplico que esta noche no faltes á mi casa. Hora, las nueve y media. Te preparo una sorpresa, que no te digo cuál es... porque ya no sería sorpresa. Recibe un beso y un abrazo de tu afectísima. — LOLA.»

Sara, balanceándose en la mecedora, envuelta en el peinador blanco, suelta en la espalda la negra cabellera, atenzados los ricillos en papelitos dichosos, entreabierto el escote, soñadores los ojos y golpeando el suelo con los piecitos jugueteros, ni siquiera miraba á la carta de su amiga.

Bastaría verla para conocer lo que le pasaba. Estaba aburrída, muy aburrída, y eso que en el pueblo la llamaban *La guía de forasteros*, precisamente por lo numerosas que sus distracciones eran y como para significar que no había ave de paso que no anidara frente á sus balcones llenos de flores.

Sus padres la habían echado á perder, como suele decirse, y los adoradores innumerables habían hecho el resto. Nada tenía que hacer, porque sus cariñosos prógenitores opinaban que los angelitos del cielo no deben ocuparse en asuntos de este bajo mundo, tales como cuidar de que unas croquetas salgan más ó menos bien y de que unos calcetines estén mejor ó peor zurcidos. A falta de otros quehaceres, Sara podía preocuparse de los moscones que la asediaban con tiernas instancias. Pero ¡bah! ¡jesos! ¡Demasiado lo conocía! Todos los hombres eran iguales; mucho creerse fuertes para acabar por hacerse humildes devotos del capricho de una chicuela bonitilla y voluntariosa.

Disputábasele, en la época que nos interesa, don Sandalio y Juanito. Era el tal D. Sandalio un viejo verde, personificación de la monotonía de la vida, entregado á los más embrollados laberintos geométricos y preocupado, en la existencia práctica, en reunir datos para denunciar á cierto sujeto que, sin los requisitos legales, explotaba unas minas. Los que sueñan en denunciar minas suelen acabar *hallando* la cuadratura del círculo.

Tanto llegó á importunar á Sara, que ésta, huyendo las escasas diversiones del pueblo, trabó relaciones con Juanito, un pobre muchacho que se caía de puro dócil, enamorado y bonachón. La chica entró, pues, francamente en el retraimiento, y creyó llegada la hora de la formalidad y de resignarse á aburrirse de una vez para siempre en un matrimonio soso y vulgar.

Saratenía una amiga, nada más que una amiga, la única que no era envidiosa, y esa, que la escribía, le prometía una sorpresa.

¡Una sorpresa, á ella, que tan desengañada estaba! Deliraba Lola, indudablemente.

Por esto no volvió á pensar en la aromosa y cariñosa esquila; y libre de todo anhelo, de toda ilusión, de toda curiosidad, Sara dejó caer los rosados párpados sobre sus terribles ojos negros, y se quedó profundamente dormida.

La vida, despierta, se le hacía tremendamente pesada. Entregada al sueño, ¡quién sabe! ¡Acaso sería capaz de rendirse al ensueño también!



Monumento á Andersen erigido en Copenhague

II

«Hubo aquella noche (antes del te y en casa de la única amiga de Sara, de la que no era envidiosa) música y versos y, como era de esperar, baile.

»Pepe Lázaro, recién llegado al pueblo, fué presentado á *La guía de forasteros*, y ¡cosa rara!, ni galanterías, ni halagos tuvo para ella en la presentación. Cortesía y frialdad solamente. Sara, sin embargo, se fijó en él, por lo mismo que empezaba á tratarla de tan distinta manera que todos los adoradores de antes. Aquel hombre tenía constante sonrisa de hielo, cierta elegancia natural sin rebuscamiento alguno, varonil belleza y el aplomo acostumbrado en los hombres hechos á correr países y tratar gentes. A Sara le pareció muy frío, pero muy gallardo.

»Comenzó á formarse el rigodón, y ¡era ya hora!, Lázaro acercóse á ella y le ofreció el brazo.

— «Tenía que decir á usted algunas palabras, empezó él. ¿No ha ocurrido á usted nunca fijarse en un hombre que la miraba en la calle, sentir inexplicables deseos de que la siguiera y de encontrarle otros días, verle alejarse para no tornar tal vez á hallarle jamás y preguntarse después á solas: — ¿Sería ese el hombre capaz de hacerme dichosa, el amor real, el extraordinario, el de mis ensueños azules de niña, el de mis presentimientos misteriosos, el *mío*, en fin?..

»Estas preguntas, que en otros labios hubiesen parecido á *La guía de forasteros* notoria impertinencia, en aquel hombre, de apariencia tan fría, pero de mirada tan penetrante y segura, hubieron de turbarla, sorprenderla é imponerle silencio.

— «Algo de esto me ha ocurrido, añadió Lázaro.

Quedé huérfano muy niño y entré en la vida rico, rodeado de amigos, lanzado al gran mundo y con todos los placeres accesibles para mí. Con algo de afición á los estudios en que realmente se aprende, rendido en breve plazo de las diversiones monótonas de los hombres desordenados, con la mente cargada de ensueños siempre lejanos, y el corazón

»Sara estaba desesperada. ¡Cómo había sido ella capaz de soportar tanto orgullo y tanta osadía y semejantes impertinencias!

»Se sofocaba. No había pasado mucho tiempo cuando tuvo que ir á sentarse junto al balcón, y allí, tomando el fresco, estaba Pepe Lázaro de conversación con otros distinguidos mozalbetes, á los cuales decía, hablando no se sabe de qué:

— «Pues á mí no. No hay apuro que me venza y subyugue. Soy hombre que logra cuanto se propone, y dudo de todo menos de mí.

»¡Y esto, para mayor grima, le pareció á la hermosa que lo decía mirando hacia ella!

»Era mucho hombre!

III

»Empezó Lázaro á andar en lenguas por todo el pueblo. Referíanse de él las ocurrencias más peregrinas. Quién sabía que en cierta ocasión había viajado por el Africa central, y narraba de esta expedición los más novelescos lances y peligros; quién afirmaba que en otra época habíase el explorador alistado de voluntario en famosa guerra; quién comentaba los duelos célebres; otros relataban las aventuras amorosas más intrincadas, que ni Boccaccio habría sido capaz de imaginar, ni Lafontaine de añadirle... Todo esto llegaba confuso á oídos de *La guía de forasteros*, y hacía atmósfera.

»Lo que mortificaba más el amor propio de la muchacha, pero con cierta interior y rebelde complacencia, era el tono de Lázaro cuando

sostenían conversación. Parecía mostrarse cierto del triunfo, sin esfuerzo para conseguirlo. Pasó algún tiempo, y Lázaro llegó á visitar á la familia de su reciente amiga, sin hablar á ésta otra vez de sus amorosas pretensiones.

»Un día halló á Juanito en casa de los padres de Sara. Cuando el bueno del chico partió, preguntó Lázaro á *La guía de forasteros* al oído:

— «¿Es el novio de usted?

»Sara contestó vacilante:

— «Sí.

— «Pues me estorba.

— «Lo siento.

— «¿Y sabe usted lo que yo hago con los que me estorban?

— «Me lo figuro. Aguantarse.

— «No, señorita, no. Cada uno tiene su modo de matar pulgas.

— «Pero aquí no se trata de pulgas, ni de matar á nadie.

— «¡Quién sabe!, concluyó Lázaro con la mayor naturalidad.

»Y ¡qué tontería!, pareció á Sara que se le erizaban los cabellos y que se le helaba la sangre en las venas.

IV

»Tuvo un impulso de repulsión, de vergüenza, de horror; vió á Lázaro por la tarde, y á pesar de que ya le amaba, le miró con desprecio; se le apareció por la noche en tenebroso sueño, vestido de demonio, echando fuego por los ojos, horrible, espantoso, ensangrentado.

de ansiedades distantes siempre, y escéptico además como el más pintado, llegó el día en que la vida me pareció insoportable carga. Ni viajes, ni salones, ni casinos brindábanme ya distracción... Había soñado un tipo de mujer que fuese para mí reina y esclava á un tiempo; más esclava que reina, no quiero ocultar este egoísmo. Soy de los que opinan que de hombres ha de ser la rudeza, y de mujeres la mansedumbre. No la imaginaba más hermosa que todas, pero su hermosura me satisfacía como la de ninguna, y era lo bastante. Un día vi á usted en Madrid; ni sabía quién era, ni de dónde venía, ni adónde dirigiría sus pasos, ni podía sospechar de nadie que la conociera. No sé por qué, al verla, hubo un instante en que me dije: «¡Al fin!» Fuí, sin embargo, débil. Más pudo en mí la comodidad que el anhelo, y no la seguí...

»Hace de esto tres años, y á pesar del tiempo, ¡he recordado á usted tantas veces!

»Dí por hecho que usted había salido de Madrid, juzgando por el mal fruto de mis pesquisas, y viajé sin cesar, viajé sin saber adónde dirigirme. Hace seis días llegué á este pueblo para arreglar cierto asunto de un amigo. ¡Cuál sería mi sorpresa al encontrar á usted en la calle!

»Aquí tiene de manifiesto por qué me he quedado y por qué he venido á este sitio esta noche »

»Así dijo, y la música apagaba sus ecos, y las parejas dejaban de formar cuadros, y Lázaro llegó hasta la silla de Sara, y rindiéndole cortésmente las gracias por el baile, se alejó lo más tranquilamente del mundo, sin darle tiempo de contestar, ni mostrar la menor curiosidad por oír la contestación.



ENTRE DOS FUEGOS, dibujo de J. Díaz Molina

»Pero en el pueblo sabíase la historia extraoficialmente, y era contada con pelos y señales. Juanito había sido el provocador, Lázaro el ofendido; la causa, una discusión trivial; Juanito imprudente, Lázaro sereno; el duelo, estrictamente ajustado á las leyes de los caballeros más escrupulosos; la furia de Juanito insensata, la hidalguía de Lázaro superior á todo elogio. Podría decirse que el novio de Sara se había suicidado con la espada de su adversario.

»¿De dónde había salido ese Lázaro? ¿Quién era? ¿Le amaba? ¿Le odiaba?

»Acaso era sólo un hombre tenaz, que vió á Sara en Madrid, y creyéndose omnipotente, se preguntó si aquella mujer, que ni siquiera sabía cómo se llamaba, llegaría á ser suya si á él le viniera en ganas; ¡y eso, sólo para darse el gusto de volver á encontrarla en el pueblo y responderse que sí!

»Pero, aunque las ideas del advenedizo en moral no fueran muy sólidas, sin duda tuvo miedo de haber sido demasiado inmoral esta vez. Fué cobarde, y huyó.

»Sara quedó burlada, y sola, completamente sola para siempre. La muerte de Juanito le había robado todas las simpatías, y á todos había alegrado la huída del matador...

V

»Aquello pasó como una nube.

»Sara recibió un parte de boda cierto día. Era de su única amiga, de la que no era envidiosa, que en Madrid se unía para siempre... ¡con Pepe Lázaro!

»Sara fué superior á todas las mujeres: no sintió rencor ni envidia. Quiso olvidarlo todo, salir de tantas brumas, vivir en reposo.

»Finalmente, Sara iba ¡hasta á casarse con don Sandalio, aquel viejo verde, personificación de la monotonía de la vida, que se hallaba á pique de dar con la cuadratura del círculo!

»¡No, no, eso no!..»

VI

¡Dios mío, lo que es soñar! Porque todas estas quimeras no pasaban de ensueño.

Sara despertó casi al anochecer; tarde ya, pero antes de casarse con D. Sandalio ni en sueños siquiera.

Y allí seguía ella en la mecedora, y los canarios cantaban sobre los veladores chinoscos, y las últimas luces de la tarde irisaban el mirador de cristales, y al borde de los piecitos de la muchacha, tan coquetón como ellos y bañado en suave perfume, estaba caído por tierra el billete de su amiga.

Juanito no había muerto, Lázaro era un ser imaginario, el baile no había empezado aún...

Sara, aleccionada por el sueño mejor que por la realidad, acudió aquella noche á casa de su amiga, y no le causó sorpresa la noticia que ésta le reservaba, un cuento de pueblo... Lo que le causó sorpresa fué tener á Juanito á su lado, y parecerla que le quería de veras, y sentir ilusiones y pensar en vivir con él, y creerse capaz de repasar los calcetines y hasta de espumar el puchero.

Desde la tarde del sueño que va referido, Sara fué dichosa y ya no hubo en el mundo nada más que una cosa que la entristeciera. Un libro. «La guía de forasteros.»

¡Porque había merecido este mote!

No hay que conocer á los hombres. Basta con conocer á un hombre.

¡Ah, mujeres, encantadoras mujeres! Con sólo que consigáis esto, ya nos llevaréis alguna ventaja.

RICARDO J. CATARINEU

EL RESPONSO EN EL MAR

En lo más crudo del invierno, aparecieron en Villamar aquellos dos mendigos cercanos á la vejez, que paseaban por el mundo su miseria, más amarga todavía por la indiferencia ó la hostilidad de las gentes, por la falta de calor humano casi constante, que por las privaciones y sufrimientos del cuerpo. Los vecinos de Villamar, acostumbrados á ver muchas parejas análogas, que la proximidad de la carretera convertía en diarias ó poco menos, no dieron importancia á la aparición, aunque no dejó de chocar á algunos el ceceo suave de la mujer y la corteza y tristeza de ambos. Justamente la semana anterior había tenido que intervenir la Guardia civil en un escándalo monumental, promovido por cierta compañía de gitanos que, no contentos con tomar el pueblo como cuartel general, con exceso frecuentado, de sus correrías, desmochaban los árboles en busca de leña, metían las caballerías por los sem-

brados y pedían el agua de las cisternas con tales modos, que no parecían sino ser ellos únicos dueños y poseedores del derecho de beber, que en aquellas sedientas tierras no es de los menos importantes.

Entre aquellas altanerías y abusos y esta humildad y apocamiento en el pedir que la pareja forastera tenía, el contraste era demasiado vivo para que no lo notasen los labriegos y pescadores de Villamar. Así es que, espontáneamente, sin darse cuenta de ello, acogieron con mayor benevolencia que de costumbre á los pordioseros del ceceo, dando cada cual lo que tuvo á mano de sobra, pero sin preocuparse, claro es, de la pareja apenas se alejaba de la casa para ir á otra. Como no pedían más que limosna, á nadie se le ocurrió ofrecerles cama ó abrigo bajo techado para la noche, y eso que soplaban de la vecina sierra un vientecillo Norte que penetraba los huesos. No se culpe á los villamarinos de esta falta de previsión para con el prójimo. Practicaban la caridad como la mayoría de los hombres: á ciegas y de ocasión, no buscada de intento por amor al pobre, sino á modo de reflejo natural en corazones de buena pasta, que nunca se niegan si se los solicita.

Y como á nadie se le ocurrió la cosa, nadie pensó tampoco aquella noche, mientras oía desde la cama los silbidos del viento en los algarrobos del campo, que agitaban con furia su ramaje siempre verde, dónde habrían ido á esconder sus cuerpecillos menudos aquella mujercita de zagalejo rojo, lleno de remiendos y corto de medida, y aquel hombre delgado, apenas envuelto en una capa verdosa y llena de manchas.

El asombro fué grande cuando, dos días después, apareció de nuevo el de la capa en la iglesia, á tiempo que el señor cura salía de decir misa. Venía á pedir auxilio para su compañera, atacada de un gran frío y de unos dolores que no la dejaban sosegar hacía veinticuatro horas. El cura, hombre sencillo, cristiano práctico, tan poco elocuente en el púlpito como activo y decidido á la cabecera de los enfermos, apenas si tardó cinco minutos en tomarse el chocolate y emprender el camino, guiado por el forastero. Al pasar por la barbería, llamó al practicante; y á falta de médico (que aquel día estaba de viaje, en la capital próxima), se lo llevó consigo, para lo que fuese menester. La caminata era mediana. Había que ir hasta uno de los barrancos que desembocan en el mar, á bastante distancia del grupo principal del pueblo, algo retirado de la orilla. Allí, en una cueva abierta por industria de las aguas y de la mano del hombre juntamente, en la blanda caliza, yacía la enferma sobre el duro suelo. No tuvieron los visitantes que poner á prueba su ciencia. Bien claro se vió al momento que aquello era una pulmonía de las de colmillo retorcido, y el médico declaró al día siguiente que no había que pensar en mover á la enferma del pueblo.

La enfermedad duró muchos días, la convalecencia todavía más; y en todo ese largo y doloroso proceso, creóse por la fuerza misma del roce continuo tal lazo de familiaridad entre los forasteros y los villamarinos, que la desdichada pareja se quedó ya en Villamar, como la cosa más natural del mundo, sin que á ellos se les ocurriese continuar sus peregrinaciones, ni á los vecinos que hubieran de continuarlas. Eso sí, en cuanto recobró la salud la forastera, se acabaron las visitas de las comadres, y quedaron entregados á sus propias fuerzas el de la capa y la del zagalejo. La curiosidad pública quedó satisfecha con saber que eran andaluces y casados. Acomodáronse ellos en otra cueva de las que á orillas del mar, en el mismo cabo que resguarda el puerto del Levante, se abren, á lo largo de la cuesta que baja hasta la playa; y buscaron con qué vivir. Ella - Martina - se dedicó á remendar redes. El - Joaquín - ayudó á los pescadores á sacar el copo, á varar las barcas, á ponerlas á flote, y recibía en pago, las más de las veces, puñados de boquerones, de sardinas, tal cual pescadilla, salmonete ó pulpo, y rara vez dinero. Con esto iban tirando, tirando, sin pedir nada á nadie, y en una incomunicación estrecha con el resto del vecindario para todo lo que no fuesen las relaciones comerciales que les daban de comer.

Precisamente aquel invierno fué de los peores. Soplaron con frecuencia los Levantes, y el mar se puso tan malo uno de los días, que dos parejas zozobraron, ahogándose la mayoría de los tripulantes. La consternación fué enorme en Villamar. Acudieron á la playa las mujeres, dando enormes gritos y llorando sin consuelo. Los hombres que por no estar dedicados á la pesca sino á la labranza habían permanecido en tierra, y los mareantes que habían logrado llegar á puerto, y aguardaban, impacientes y nerviosos, á que el mar calmase ó arrojara los cuerpos de los ahogados, después de pasearlos por la inmensa bahía amenazadora y tétrica. Y entonces se vió una cosa

singular: Martina y Joaquín, pálidos como difuntos, saltándoles las lágrimas, salieron de su cueva, se mezclaron á los grupos y prodigaron por todas partes palabras de consuelo, que les salían del fondo del alma, que los unían estrechamente, en aquel doloroso trance, á las gentes de quienes recibieran meses ha muestras de caritativo interés. Nadie se mostró más diligente que ellos en acudir al ataque nervioso de la una, al desmayo de la otra, á la desesperación de todas, yendo y viniendo de aquí para allá, de la playa á la barbería en busca de calmantes, de los grupos de mujeres á los de hombres, preguntando si hacía falta algo, ofreciéndose á cada momento, enterándose de quiénes eran los náufragos y si había esperanza respecto de algunos. Y en medio de los transportes de dolor, más exagerados y sin medida en la gente rural que en la ciudadana, maravillaba ver aquellos dos pobretones, serenos á pesar de su evidente emoción, llorando silenciosamente y tratando de servir á todo el mundo.

Pasado aquel día, el matrimonio volvió á su comunicación con el resto de los vecinos, para todo lo que no fuese buscar trabajo. Veíaseles siempre tristes, metidos en su cueva si hacía mal tiempo, ó sentados en las rocas en lo alto del cabo, si la temperatura lo permitía, descansando de las faenas, cara al mar. Una excepción hizo Martina, y fué asistir á todas las misas y rezos que se dijeron por entonces en sufragio de los ahogados. Entraba en la iglesia, acurrucábase en un rincón y salía la última, sin hablar palabra como no la interrogasen directamente. Su apocamiento y humildad eran cada vez mayores; y su corta estatura parecía ir disminuyendo, como si el cuerpo se replegara sobre sí mismo. Tan sólo se notó que su voz, siempre dulce y acariciadora, hacía más suave, como más fraternal é íntima, cuando contestaba á la tía Clavellina, desdichada madre á quien el mar había arrebatado dos hijos en el último naufragio. La tía Clavellina era mujer de pocos alcances; y aunque allá, allá, le cosquillease un poco en el alma aquel acento amoroso, que parecía buscar correspondencia de afecto y desahogo de penas, como no sabía definirse estas cosas, se contentaba con sonreír de vez en cuando, en medio de su dolor.

Pasó el invierno y pasaron la primavera y el verano, espléndidos de sol, pródigos y brillantes en el campo y en el mar, que cubría sus ondas de un azul limpiísimo con centelleos de oro, brincadores y deslumbrantes. El recuerdo de la catástrofe invernal iba borrándose en los que no sufrieron pérdidas, llamados fuertemente á la vida, á sus preocupaciones y sus goces, por la sugestión poderosa de aquella naturaleza pródiga, sensual y alegre. Pero los de la cueva no variaron su método. Parecía pesar sobre ellos el naufragio con la pesadumbre de todas las penas reunidas.

Finalizó con esto octubre; y el mismo día 31 por la noche presentóse Martina en la casa rectoral.

- ¿Qué trae usted por aquí?, preguntó el señor cura.

- Señor, dijo ella mirando á todos lados, como si temiese ser oída. Quisiera me dijese cuánto vale un responso.

- ¡Un responso!

- Sí, señor cura. Pasado mañana es el día de Difuntos y quiero pagar un responso...

- Pero vamos á ver, entendámonos. Lo que usted querrá es una misa...

- No, señor, no; un responso, allá en el mar, para los ahogados...

Sin poder contenerse, rompió en llanto agudísimo.

- ¿Qué le pasa á usted? ¿Qué es eso?, exclamó el cura levantándose y acudiendo á ella.

- Nada, señor. No se apure... Dispénsese... Todos tenemos nuestras penas, nuestros muertos queridos... Yo soy una pobre; pero vea, fuí reuniendo todo el año para el responso...

- ¿Murió alguien de su familia en el mar?, preguntó el cura interesado, no sabiendo explicarse aquel deseo y aquella elocuencia desusada en Martina.

- ¡Sí murió!.. ¡Murió mi hijo, el hijo de mis entrañas!

Y sollozando, convulsa, contó la historia, el terrible drama ocurrido en el Estrecho de Gibraltar con la barca de pesca en que iban el padre y el hijo.

- No se le pudo salvar, señor cura. Joaquín luchó con el mar..., quería ahogarse con él ó librarlo... Las olas me trajeron medio muerto á mi marido...; pero á mi hijo, ¡á ese no le vi más!

- Nunca me dijo usted nada, Martina. ¿Cómo no me contó usted su pena antes de ahora?

- ¡Ay, no, señor cura!.. Ni la diga á nadie. Joaquín no puede oír hablar de eso. El recuerdo le mata, le va matando poco á poco; y yo callo, como si no tuviese memoria para mi hijo, para que viva lo único que me queda en el mundo... Si él notase que aquí

saben nuestra desgracia, que saben como él no pudo salvar á nuestro Pepe..., ¡se moriría, señor cura, se moriría!

Cuando más serena, enjugadas las lágrimas, se levantó Martina para marcharse, preguntó de nuevo:

- ¿Cuánto vale el responso, señor cura? - ¡Vaya, vaya con Dios! No hable usted de eso. Responso lo habrá por todos... Los nuestros y el de usted, todos son hermanos.

* * *

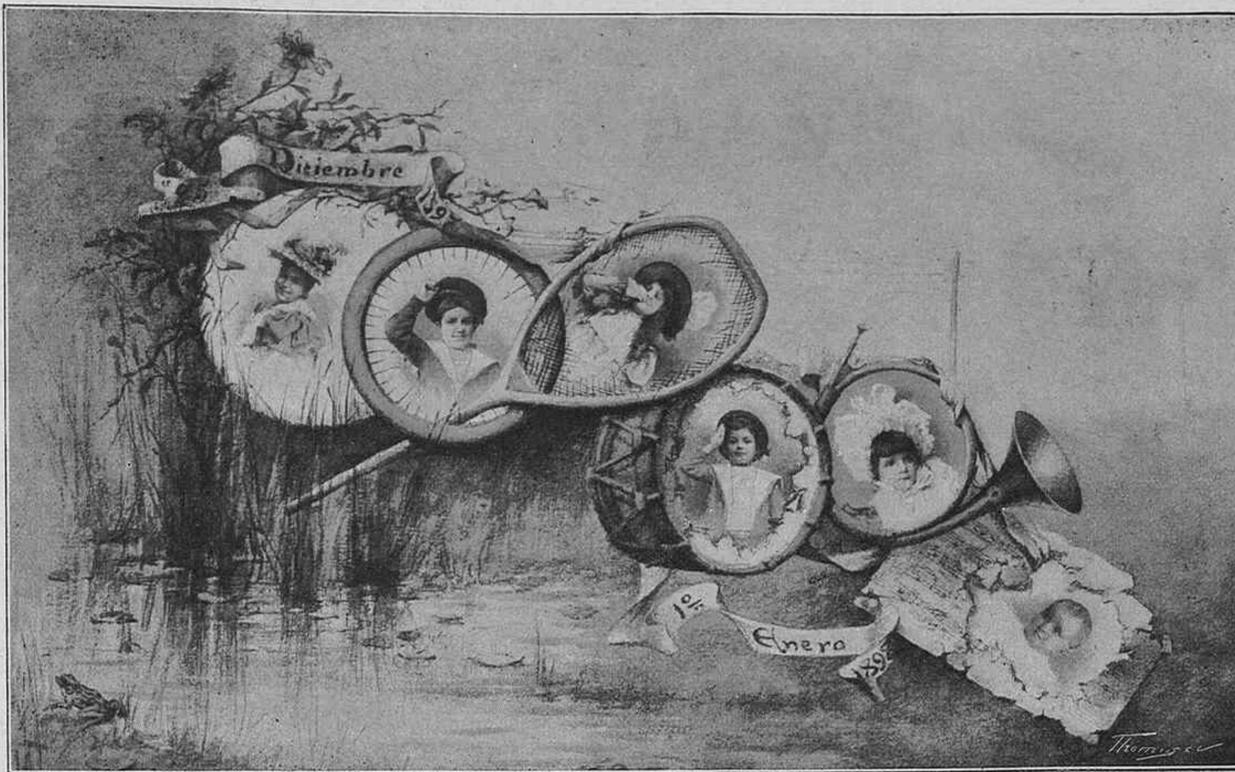
Amaneció el día de Difuntos con el cielo brumoso, muy cargado de nubes oscuras en el horizonte. El mar, de aparente quietud en el centro de la bahía, enviaba á la playa olas que estallaban con gran ruido sobre la arena y las rocas. Cuando avanzó hacia ellas el señor cura, precedido del sacristán con la cruz alzada, la gente se agrupó á la orilla, entre las barcas y los botes varados. Nadie faltó, unidos todos por un sentimiento común en que se fundían el recuerdo de la catástrofe pasada, el temor de las venideras y el fondo de piedad que hay siempre en los corazones sanos. Acudieron las mujeres, viudas, huérfanas, madres á quienes el temporal arrebató lo más querido. Mezclados con ellas, los pescadores curtidos y graves, llenos de fe y de resignación ante las contingencias de un peligro que la lucha por

la vida hace inevitable, y los labriegos de tierra adentro, que miraban el mar con esa mezcla de temor y de indiferencia que sienten los que no bregan con él y no saben sus traiciones. Martina y Joaquín acu-

Grave silencio reinó en la playa, y sobre él elevóse ronco y profundo el romper de las olas, que parecían querer invadir la tierra. El nublado del horizonte, remontándose, entristecía más y más el cielo, enfriando todos los tonos, plateando las luces y encogiendo los espíritus. Sonó la voz del cura, solemne, tranquila, pidiendo misericordia para los muertos... El agua bendita cayó sobre el mar, mezclándose á la espuma salada que el viento esparcía á todos lados, como polvillo tenue de una nevera... La gran preocupación de la muerte inundó todos los corazones. Y en medio de la postración general, vióse levantarse á Martina anegada en lágrimas, vacilante, y abrazar estrechamente á la Clavellina mientras murmuraba á su oído, sin poder contenerse:

- ¡También, también ahí tengo yo un hijo!

RAFAEL ALTAMIRA.



CAPRICHIO FOTOGRAFICO DEL DR. D. FRANCISCO AYERZA, DE BUENOS AIRES, dedicado á sus hijos como recuerdo de Navidad y de Año Nuevo de 1897 á 1898, remitido por D. Justo Solsona

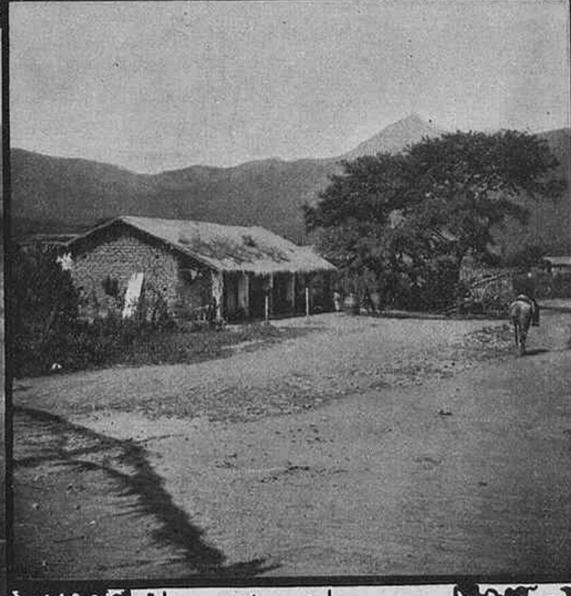
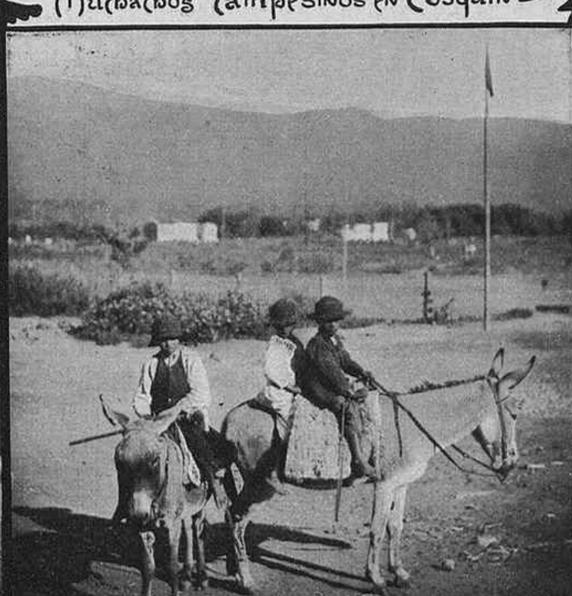
NUESTROS GRABADOS

Monumento á Andersen erigido en Copenhague.— Hans Cristian Andersen debe ser considerado como uno de los más grandes poetas de la literatura septentrional: famoso en el mundo de las letras por sus composiciones poéticas y por sus novelas, éstas, con valer tanto, no le habrían dado la popularidad que le han conquistado sus cuentos, traducidos á los principales idiomas. Copenhague, rindiendo tributo á su genio, le erigió un monumento en donde sobre sen-

Muchachos campesinos en Cosquín



Una calle del pueblo de Cosquín



Un rancho en las cercanías de Cosquín

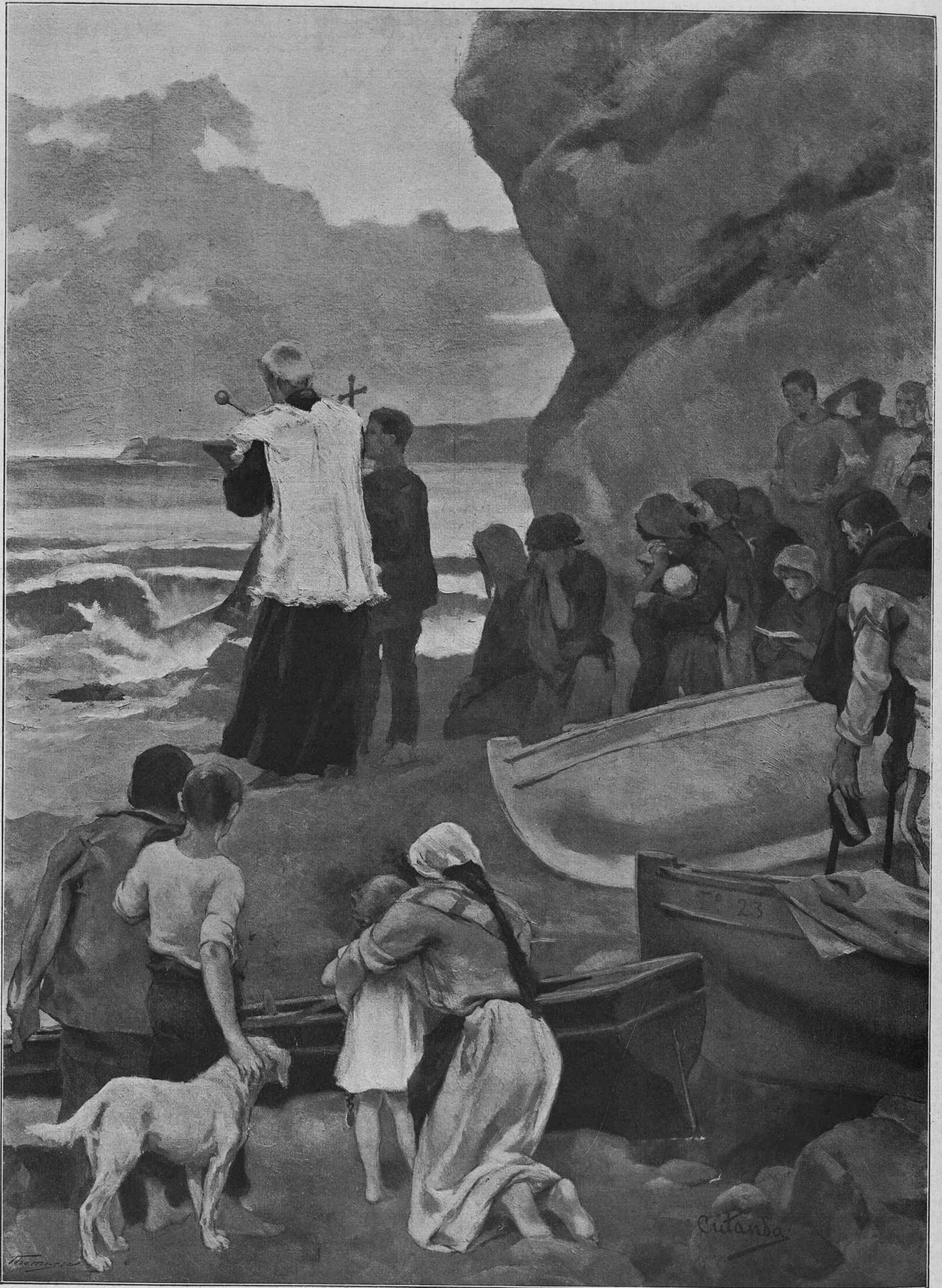


Sauces llorones en San Francisco



El río San Francisco

REPÚBLICA ARGENTINA. - VISTAS DEL PUEBLO DE COSQUÍN Y DEL RÍO SAN FRANCISCO, de fotografías de D. Fermín Lejarza remitidas por D. José Labandera, de Rosario de Santa Fe



EL RESPONSO EN EL MAR, dibujo original de Vicente Cutanda

(Véase el artículo de Rafael Altamira)



EL DÍA DE DIFUNTOS, dibujo alegórico de Gustavo Bacarissas

cillo pedestal descansa la estatua del ilustre escritor, sentado y en actitud de referir algunas de sus interesantes narraciones. El grabado que reproducimos es copia de una fotografía de Arturo Thiele, de Hamburgo, quien ha sabido prestar mayor carácter al monumento agrupando alrededor del mismo á una porción de niños que parecen escuchar de labios de Andersen uno de sus cuentos, con cuya lectura tantas veces se habrán deleitado.

El responso en el templo, dibujo de N. Méndez Bringa. - Por no incurrir en repeticiones omitimos elogiar cual se merece esta nueva obra del distinguido dibujante madrileño: Méndez Bringa hace gala en este dibujo de la elegancia y corrección que caracterizan á todas sus producciones, así á las que reproducen tipos y escenas populares como á las que representan figuras y costumbres tomadas de la sociedad más escogida.

Entre dos fuegos, dibujo de J. Díaz Molina. - El título de este dibujo basta para explicar el argumento de la escena que se desarrolla en el interior de un tranvía de Madrid y en la cual intervienen como personajes principales una señora joven, bella y elegante, y dos apuestos oficiales, de húsares uno y de la Guardia Real el otro. Los dos han puesto sitio á una plaza y sus fuegos convergen al mismo punto: ¿cuál logrará rendirla?, ¿será simplemente un simulacro que terminará cuando sitiadores y sitiada lleguen al término de su viaje? El conocido dibujante madrileño Sr. Díaz Molina ha trazado sobre este asunto la bellísima página que reproducimos y que demuestra el espíritu observador del artista y la facilidad con que traslada al papel lo que tan bien ha sabido estudiar en el natural,



ROSARIO MONUMENTAL EN EL CAMINO DE LA CUEVA DE LA VIRGEN DE MONTSERRAT. - SEGUNDO MISTERIO DE DOLOR, obra de Agapito Vallmitjana (escultor) y Francisco del Villar (arquitecto).

Rosario monumental de Montserrat. - Segundo Misterio de Dolor, obra de Agapito Vallmitjana y Francisco del Villar. - Forma parte este monumento del Rosario que la piedad de los catalanes y la veneración que sienten por la Virgen de Montserrat está erigiendo en aquella poética montaña: Vallmitjana, como escultor estatuario, y Villar y Carmona, como arquitecto, han interpretado el sublime tema de un modo admirable, combinando su obra de manera que armoniza perfectamente con la grandiosidad y poesía de aquellos lugares.

Capricho fotográfico del Dr. Ayerza. - Si las fotografías del Dr. Ayerza que llevamos publicadas no patentizaran el buen gusto y el sentimiento artístico que le distingue, bastaría el *Capricho* que hoy reproducimos para conquistarle el título de maestro en el arte que tan admirablemente cultiva. No se puede idear un recuerdo que hable tanto al corazón como esa preciosa tarjeta en la que aparecen retratados los seis hijos del doctor, tan elegante en su conjunto como ingeniosamente combinada en sus detalles.

República Argentina. - Vistas del pueblo de Cosquín y del río San Francisco. - Las fotografías que reproduce el grabado de la página 703 y que representan algunas vistas del pueblo de Cosquín, delicioso lugar de veraneo del departamento de Punilla, y del río San Francisco, que recorre las provincias de Jujuy y Salta, nos han sido remitidas por D. José Labandera, de Rosario de Santa Fe, á quien damos las más expresivas gracias por su envío.



CABEZA DE ESTUDIO, escultura de Prudencio Murillo

Cabeza de estudio, escultura de Prudencio Murillo. - Si el joven escultor ilderdense Sr. Murillo no hubiese dado fehacientes muestras de sus aptitudes, atestiguarían su mérito los hermosos estudios, que como el que reproducimos, son resultado de su laboriosidad y aplicación durante el período de su pensionado en la Ciudad Eterna, de donde ha regresado para recoger un nuevo laurel en el certamen artístico que acaba de celebrarse en nuestra ciudad.

El día de Difuntos, dibujo alegórico de Gustavo Bacarissas. - El día de Difuntos representa en su simbólico recuerdo la fiesta del recogimiento, de la calma, del reposo para el espíritu, el período de descanso para la activa agitación de nuestra existencia, la época en que la risa se detiene en los labios, en donde la alegría cede ante la grave y dulce reflexión, en que la cólera se dulcifica ante el recuerdo de seres queridos que dejaron de existir. La misma naturaleza se halla dominada por la impresión triste y penosa del recuerdo que solemniza la humanidad. Al llegar ese día nos sentimos verdaderamente conmovidos; la melancolía y la tristeza invaden el espíritu, y tributamos respetuoso recuerdo á aquellos á quienes debemos la existencia y derramamos lágrimas de amor y gratitud sobre la tierra que guarda sus cenizas.

Dominado por igual impresión é inspirándose en el mismo sentimiento, concibió el distinguido pintor Sr. Bacarissas el sentido dibujo que en estas páginas figura. A nadie mejor que á sus padres podría dedicar la desgraciada huérfana el recuerdo que su sentimiento les dedica y las lágrimas que se deslizan por sus mejillas y humedecen la tierra que guarda los restos de los que fueron, cuya mansión indica la protectora cruz y el sentimiento de la doncella.

Ofelia, cuadro de Ricardo Falkenberg. - El tipo de Ofelia ha inspirado á multitud de artistas que han trasladado al lienzo esa poética figura, buscando en su imaginación las formas más adecuadas para exteriorizarla. Falkenberg ha venido á aumentar con su obra la lista de los que han tomado por asunto á la infeliz enamorada del príncipe dinamarqués, y su cuadro nos demuestra cuán bien ha sabido identificarse con el personaje concebido por el inmortal dramaturgo.

Grupo de carneros, cuadro de Rosa Bonheur. - Con justicia ha sido Rosa Bonheur proclamada maestra en el arte pictórico: sus obras llevan el sello del genio, y junto á las delicadezas de que nunca puede desprenderse el sentimiento femenino, admiranse en ellas rasgos vigorosos de energía varonil. El puesto elevado que entre los pintores franceses contemporáneos ha logrado conquistarse, es la mejor sanción de sus méritos excepcionales, y las bellezas del cuadro que reproducimos son una nueva demostración de cuán merecida es la fama universal de que disfruta.

Leñadoras, cuadro de N. Díaz de la Peña. - Este lienzo de nuestro distinguido paisano es una nota llena de encantos, como todas las que un artista de talento arranca de la naturaleza directamente observada y sentida: las figuras y el frondoso bosque son trasunto fiel de la realidad, y los juegos de luz que producen los rayos del sol al filtrarse por entre el espeso follaje están tratados con perfecto conocimiento de los recursos técnicos, lo propio que la perspectiva y el ambiente, resultando de todo ello un conjunto en que la realidad y la poesía hállanse admirablemente armonizadas.

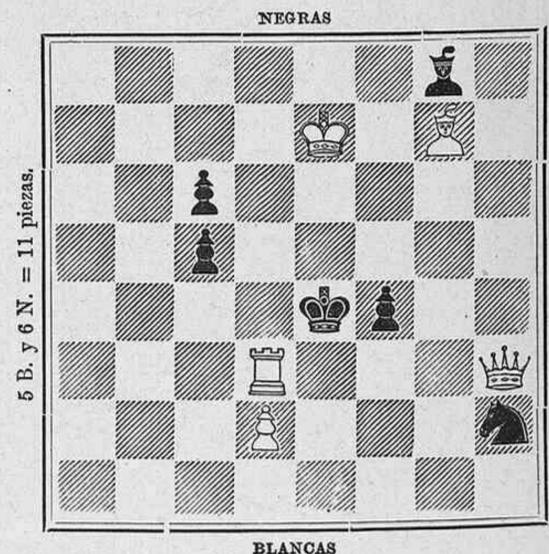


ATRIL DE NOGAL REGALADO POR EL PUEBLO DE CÁDIZ AL EXCMO. SR. MARQUÉS DE COMILLAS, obra de D. Juan Rosado y Ruiz

Atril de nogal regalado por el pueblo de Cádiz al Excmo. Sr. Marqués de Comillas. - Con motivo de haberse concedido al Excmo. Sr. Marqués de Comillas la gran cruz del Mérito Naval, inicióse en Cádiz una suscripción popular para regalarle las insignias correspondientes: esta suscripción, á pesar de la modesta cuota fijada, produjo tan crecida suma que al regalo de aquéllas pudo acompañar un magnífico álbum con los millares de firmas de los donantes, y el atril que reproducimos y que es una verdadera joya artística, manifestación del más puro y florido estilo gótico del siglo XV, cuya concepción y ejecución honra el reputado artista gaditano D. Juan Rosado y Ruiz.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 137, POR J. TOLOSA Y CARRERAS



Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.
SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 136, POR V. MARÍN
 Blancas. 1. P 4 CR 2. R toma P 3. D ó C mate.
 Negras. 1. P toma P (al paso) jaque (*) 2. Cualquiera.
 (*) Si 1. A toma P; 2. D c A R, y 3. D mate; - 1. R toma T; 2. D c A R jaque, y 3. D mate; - 1. C toma C; 2. D c R jaque, y 3. D mate. La amenaza es 2. C 5 C mate.

MENTIRA SUBLIME

NOVELA ESCRITA EN FRANCÉS POR MAD. M. LESCOT. - ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

Acercóse á una pequeña papelera, cogió una carta y la leyó, la examinó minuciosamente como hubiera podido hacerlo un perito calígrafo, y luégo, con un ademán de satisfacción, volvió á guardar el papel en el cajón. Todo estaba preparado: Fernando podía ya llegar.

Pasaba el tiempo: Bertranda levantó muchas veces su impaciente mirada para consultar el reloj de pared, y otras tantas fué á la ventana, con una ansiedad que no podía reprimir. Por fin se oyó el ruido de las ruedas de un carruaje y el del trote lejano de un caballo. El ruido se iba acercando hasta que cesó bruscamente á la puerta del chalet.

Una sonrisa triunfante iluminó el rostro de Bertranda.

Poco después apareció Fernando en el umbral de la puerta con ese torpe azoramiento del hombre que sale de las tinieblas y á quien deslumbran las luces: entonces ella acudió á su encuentro alargándole ambas manos.

Fué un movimiento de efecto teatral, y la maga que lo había preparado pudo gozar del éxito de su aparato escénico.

Aturdido, sin proferir palabra, Fernando la miraba con ojos ardorosos.

Durante el viaje de Pontarlier á Lausana se había preparado para presenciar las escenas más dramáticas y recibir el último adiós de su incomparable amiga; habíase dado golpes de pecho murmurando un *mea culpa* mezclado de contrición y de fatuidad. Pero contrición, fatuidad, todo desaparecía para ceder el puesto á un deseo incesante de estrechar á su amada contra su corazón.

Llevóle ella al centro del salón, bajo la luz de las bujías para que pudiera considerarla mejor; y mirándole con pérfida dulzura, con la cabeza un poco echada atrás como para ofrecer mejor su rostro á su contemplación, le preguntó con voz de repentina tristeza:

— ¿No me conoce usted ya? ¿Está usted acaso enfadado conmigo porque no soy una lamentable moribunda como antes? ¡Y yo que me congratulaba de la sorpresa, de la alegría que le preparaba! ¡Había usted deseado tantas veces mi curación!

Y mientras así decía se había ido acercando á él, y tanto que Fernando respiraba el perfume que se exhalaba de su cabellera.

— Y ahora que ya estoy curada (profirió estas palabras como un himno de júbilo), parece usted disgustado, descontento.

El pintor había logrado dominar su emoción.

— ¿Por qué este llamamiento tan lacónico?, preguntó severamente.

— Ya trataremos de eso, le contestó Bertranda; ante todo descanse usted, caliéntese, y después hablaremos como otras veces.

Y le llevó al confidente, sentándose junto á él.

— ¡Pobre amigo mío! ¡Qué viaje tan precipitado acaba usted de hacer por mí, con este temporal de nieve!

Y como si hubiera comprendido de pronto que aquel rápido viaje merecía una recompensa, puso sus dos manecitas entre las suyas y repitió:

— ¿Está usted enfadado conmigo?
¿Por qué podía estar enfadado? Verdad era que acababa de hacer un viaje desagradable con aquel frío y aquella nieve. Estaba aterido, un poco desilusionado en su creencia de que iba á dar á aquella mujer un adiós eterno; debía inundar su alma el gozo de no haber sido un asesino; pero permanecía

— No; sus primos los Daclan, que son millonarios, han salido garantes por ellos, cosa fácil de prever: mi tía Fournéron se alarmó sin motivo. Cuando llegué á Pontarlier la quiebra estaba casi conjurada.

— ¡Ah!, exclamó Bertranda.

Empezaba á presentir la liga de familia tramada contra ella y lo urgente que era su intervención.

Anunciaron la comida, y Bertranda se cogió del brazo de su huésped con gracia meliflua.

— Esta noche, le dijo, comeremos juntos para festejar mi resurrección.

Naturalmente, aquella comida fué exquisita. ¿Cómo había podido ella adivinar los manjares y los vinos predilectos de Fernando?

Un bienestar intenso, una especie de beatitud le iba invadiendo; después del frío, aquel templado calor impregnado del humillo de los manjares succulentos; después de las aburridas comidas de familia, aquella deliciosa comida frente á frente; después de la cara maciza del aya, aquella delicada faz que le sonreía. Cambiaba poco á poco de actitud y ya no estaba enojado con Bertranda por no haber fallecido á causa de su abandono.

Después de comer volvieron al salón. Observó entonces el pintor que todo parecía transformado en aquella estancia, que ya no era la misma, de aspecto melancólico, en la que había pasado tantas horas de graves y formales conversaciones. ¿A qué debía atribuir aquel aire de fiesta? ¿Al fuego de la chimenea, á la luz de las bujías, al aroma de las flores, ó á la sonrisa de la mujer que la alumbraba y la iluminaba con su viviente belleza? Empezaba á perder la cabeza bajo la

influencia de los vinos generosos. ¿Por qué no había de asir la felicidad teniéndola tan cerca de su mano? ¿Estaba vedado ocultar á los ojos celosos de la familia una parte principal de su existencia? ¿No podía, sin que lo supiera nadie y menos que todos su hija, crearse un retiro misterioso, donde gustar todas las delicias del amor? ¡Tantos hombres lo habían hecho antes que él!

Estos pensamientos un poco confusos hacían pasar por sus ojos las encendidas llamas del deseo. Su cariño á Bertranda experimentaba una postrera metamorfosis; después de haberla venerado como santa, de haberla querido como una hermana, se preparaba á desearla como á una cortesana.

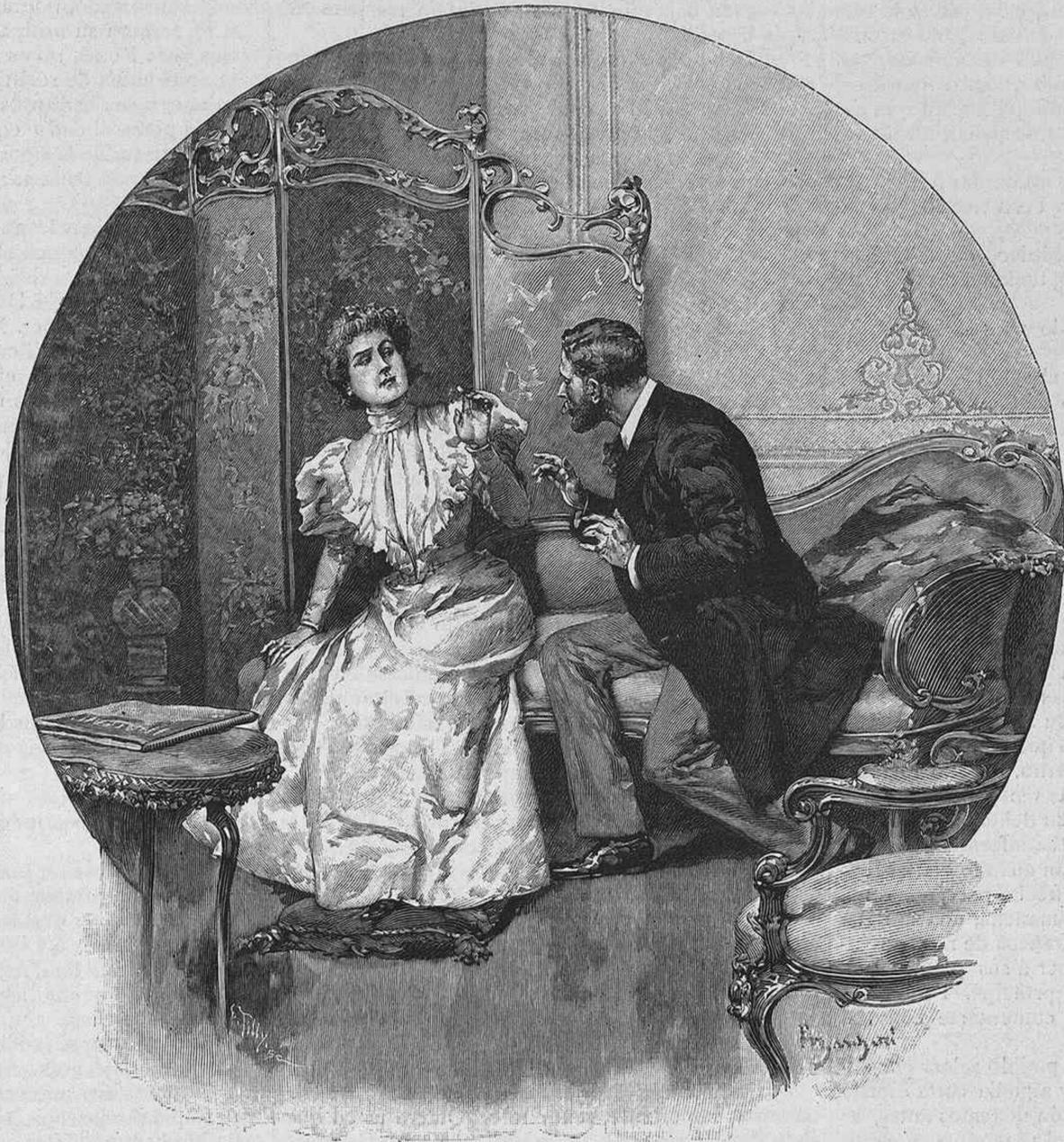
Ella le miraba con profunda atención.

La batalla estaba empeñada; el enemigo había caído en la emboscada, pero no convenía que pereciese en ella; una frase demasiado viva, una palabra malsonante, y entre ambos iba á deslizarse una de esas ofensas que una mujer honrada no debe perdonar.

Bertranda no quiso correr el riesgo de tener que castigar á un insolente.

Las palabras que veía asomar á los labios de Fernando, que estaba ya á punto de pronunciar, serían bastante respetuosas para que ella pudiera admitirlas? ¿Habría de casamiento, ó solamente de amor?

No hablaba del primero, ni pensaba en él, dado el trastorno de su cerebro; el matrimonio significaba



Apartóse de su lado violentamente, pero su voz conservó sus cariñosas inflexiones

prevenido, á la defensiva; conocía que el peligro estaba próximo y sentía que el suelo temblaba bajo sus plantas.

Ella le explicaba su curación, que había sido muy sencilla; díjole que un médico homeópata, á quien había encontrado por casualidad, le dió unos cuantos glóbulos, y que el resultado fué sorprendente. Entonces se le ocurrió dar una sorpresa al único ser que se interesaba por su vida, al único amigo que tenía en el mundo.

A menos de tener un corazón de tigre y á mayor abundamiento de tigre alóbroge, no se puede en rigor acriminar á una mujer porque un médico homeópata la haya curado.

La influencia del buen fuego que ardía en la chimenea, y la más penetrante de las dos manos que estrechaban las de Fernando empezaban á hacerse sentir, y éste se dignó preguntar el nombre del médico que había hecho aquel milagro. Bertranda se apresuró á complacerle poniéndose á discutir sobre el sistema homeopático y sus maravillosos efectos, y en seguida le interrogó á su vez.

Aún no había transcurrido un cuarto de hora y ya habían vuelto á la intimidad de otras veces.

Fernando le explicó minuciosamente sus asuntos desde la explotación del bosque de Lannes hasta el retrato de Santa Inés.

— ¿Y dice usted que los Minoret no han quebrado?

las molestias y cuidados de toda clase, las burlas de Santiago de Sommieres, las amonestaciones de las primas, las reconvenções de la Sra. Fournéron y sobre todo la desesperación de Lila. No, no pensaba en casarse. Pero su lenguaje de hombre bien educado guardaba en su insultante solicitud una forma tan respetuosa que una mujer podía equivocarse: sólo los ojos decían *amor*; los labios decían *amistad*.

Ella le escuchaba, mirándole con dureza; una cólera sorda le subía al corazón mientras él procuraba atraerla á sus brazos. Apartóse de su lado violentamente, pero su voz conservó sus cariñosas inflexiones al responderle:

— Sí, amigo mío, esa vida que pinta usted tan dulcemente íntima, es la felicidad. No tener secretos el uno para el otro; confiarse sus penas, en la seguridad de que se han de comprender; sentir que se cuenta á todas horas con una abnegación á la cual se puede recurrir con toda confianza: eso es lo que quieren significar las palabras de usted, ¿no es cierto? Pues bien: ese gran convenio de amistad, tan hermoso que parece ideal, existe ya entre nosotros, y yo conocía ya su poderoso influjo, puesto que habiendo necesitado sus consejos de usted, no he vacilado en llamarlo á mi lado.

Bertranda hizo una pausa á fin de dar á su interlocutor tiempo para contestar. Pero viendo que callaba prosiguió:

— Ese llamamiento tan lacónico, cuya explicación me pedía usted hace poco, tenía un motivo muy serio...

Volvió á callarse aguardando una pregunta que Fernando no le dirigió.

Entonces se levantó, cruzó el salón con paso rápido, abrió la papelera, y sacó de ella un papel que le presentó.

— Lea usted esto, le dijo, y aconséjeme lo que debo hacer.

Era una súplica ardiente y humilde, una larga párrafrasis de la célebre carta de Ruy Blas:

«Soy un gusano enamorado de una estrella.»

La estrella se llamaba Bertranda, y el gusano conde Ives Le Goeleck, el cual, en conmovedora prosa, le decía que desde el momento en que la vio la había adorado de lejos, desconocido de ella, sin ninguna esperanza. Aquí la carta de Ruy Blas dejaba aparecer algunas reminiscencias del soneto de Arvers. El enamorado guardaba su secreto; su alma tenía su misterio, y había jurado que ella jamás sabría una palabra de aquel amor eterno. Pero al regresar de una expedición acababa de tener noticia de su viudez y de su ausencia; y en su delicadeza, no añadía que al mismo tiempo estaba informado del derribamiento de su fortuna, aun cuando ciertas reticencias lo dejaban adivinar. Ofrecía, pues, á la reina de su corazón un nombre sin mancha, una antigua casa solariega y cuarenta mil francos de renta, avergonzándose de no poder poner á sus plantas una corona real y una fortuna de príncipe. Terminaba preguntándole si se dignaría contentarse con tan poco.

Si Ives Le Goeleck hubiera podido releer por encima del hombro de Duvernoy aquella carta escrita con toda la pasión de su corazón dos años antes, se habría quedado sorprendido del repentino aumento de su modesta fortuna y de verse promovido, sin mediar ninguna especulación ni jugada de bolsa, á la dignidad de millonario. Y si un perito calígrafo hubiera examinado por encima del hombro de Fernando las cifras enunciadas, habría deducido sin duda que allí había fraude y la añadidura de algún cero.

El pintor Fernando Duvernoy no era perito en caligrafía, sino un hombre de corazón leal, incapaz de sospechar doblez ó mentira en la mujer á quien amaba. Leía cada palabra mordiendo el bigote, y lleno de cólera, de celos y de tristeza.

Encontrar al alcance de sus labios ávidos un fruto sabroso y verlo devorar por otro, constituye una agravación del suplicio de Tántalo que los antiguos hicieron mal en olvidar.

Sentía profundo rencor contra ese conde Le Goeleck que le robaba la dicha vislumbreada, y recorría á grandes pasos el estrecho salón.

Bertranda le observaba con sus ojos fríos, de vez en cuando iluminados por pérfidos fulgores. Con voz tranquila, impasible, implacable, iba exponiendo las ventajas del enlace propuesto.

Con la salud, decía, iba renaciendo en su corazón el horror de la soledad; puesto que no debía morir, le era necesario vivir, pero no tenía valor para vivir tan sola. Bien mirado, la familia es una cosa muy buena y valía la pena de pensarla. Los amigos desaparecen; la amistad es un vínculo deleznable, y así había tenido ocasión de conocerlo durante aquellos dos meses de abandono.

¿Qué podía responder Duvernoy, qué objetar sin faltar á su papel de consejero?

— Cásese usted con él, dijo con voz hosca.

Y siguió paseando con mayor rapidez, nervioso, agitado. Desempeñar el papel de árbitro en aquel asunto; ¡qué irrisión!

Es decir, que ella iba á partir, á poner su mano blanca y delicada en la mano de aquel oficial de marina, de aquel conde bretón que la amaba hacía tanto tiempo; ¡que iba á perderla para siempre!

Cada vez que en su paseo llegaba delante de Bertranda, sus miradas se encontraban y se sentía mordido en el corazón por uno de esos deseos intensos que se burlan de las resoluciones más firmes, que explican todas las locuras. Comprendió que habría podido resignarse á su muerte, pero no á verla en brazos de otro.

Bertranda se había ido acercando poco á poco, y en voz tan baja que él tuvo que inclinarse para oírla, le preguntó:

— ¿Debo decir que no? ¿Lo desea usted verdaderamente, amigo mío?

— Sí, contestó Fernando con resolución.

Y estrechó á la joven contra su corazón, enajenado, fuera de sí, con la mirada extraviada, la cabeza alta como si desafiase al universo entero á que se la arrancara. Ella se dejaba abrazar, satisfecha, tranquila y sonriendo á medias. Merced á su hábil táctica acababa de restablecer las distancias y recobrar su posición; el enemigo estaba vencido sin quedar aniquilado; se rendía á discreción y ya podía encadenarlo á su carro triunfal.

Un hombre de honor no ofrece la existencia precaria de la amante á la mujer que acaba de rechazar por él cuarenta mil francos de renta y el título de condesa. Y en efecto, Fernando habló de casamiento, y jamás sospechó que aquel rival noble y rico no era más que un pobre y obscuro oficial de marina, á quien ella había dado desdeñosamente calabazas dos años antes.

XV

Duvernoy regresó á su hotel bajo el imperio de aquella embriaguez, durmió poco y aguardó con impaciencia que llegase la hora de presentarse en casa de Bertranda, pensando únicamente en el inmenso placer de volverla á ver, libremente, sin temor, sin contar los minutos, sin fiscalización. Cuando se hubo instalado de nuevo en el canapé exclamó:

— ¡Qué contento estoy, amada mía! ¡Qué dicha haberla encontrado á usted tan buena!

Bertranda estaba alegre, vivaracha, muy diferente de como hasta entonces la había visto, y le dijo con tono almirado:

— Ante todo, cuénteme usted lo que ha hecho esta mañana.

— ¡Esta mañana!, repitió Fernando.

Y le señalaba el reloj.

— Pues pensando en usted he aguardado que llegase la hora en que me sería permitido volver aquí. Ella hizo un gracioso mohín de desdén.

— ¡Qué perezoso!, dijo. Pues yo he hecho un trabajo más importante, señor mío. ¿Quiere usted que se lo diga? Ante todo he escrito al Sr. Le Goeleck. ¿No es verdad que debía una contestación á ese caballero?

— Es cierto; convenía manifestarle que no quería usted casarse con él. Supongo que se lo tendrá por dicho.

— Y á mi vez supongo que no estará usted celoso, contestó Bertranda sonriendo.

— ¿Celoso? No estaré celoso hasta tener la certidumbre absoluta de mi ventura. Siempre estoy temiendo que alguien me prive de usted.

Y para confirmar su temor quiso estrecharla en sus brazos como la víspera, pero ella se echó atrás.

— Aún no se lo he dicho á usted todo. ¿Qué ve en ese velador?

— En ese velador veo un indicador de los ferrocarriles y una Guía Joanne, según me parece.

— Pues le parece á usted bien. ¿Y comprende lo que significan ese indicador y esa Guía?

En vista de que Fernando guardaba silencio, Bertranda prosiguió con tono firme:

— Eso significa, amigo mío, que ya no somos unos niños, que no nos está permitido cometer faltas, que la que va á ser mujer de usted no quiere tener que avergonzarse más adelante de la debilidad de la que hoy es solamente prometida; en fin, que nos amamos demasiado y que debemos casarnos cuanto antes.

Fernando preguntó:

— Pero ¿por qué nos hemos de marchar?

No le gustaban las decisiones imprevistas y le parecía que desde la víspera los acontecimientos marchaban con alarmante rapidez.

— ¿Por qué nos hemos de marchar?, repitió Bertranda. Porque se me hiela el corazón al pensar que me he de casar con usted en esa fría ciudad protestante en la que apenas está tolerado nuestro culto, y como no tengo familia que pueda recibirme, ni padre ni hermano que me lleve al altar, quisiera ir á Roma, por parecerme que un juramento es doblemente sagrado, doblemente solemne en esa gran capital del mundo cristiano.

Y con acento todavía más triste y más grave añadió:

— Todavía tengo otra razón. Su hija de usted no me quiere; la pobre niña me tiene miedo; mientras nuestra unión no sea indisoluble, padecerá y se valdrá de todos los medios para separarle á usted de mí. Ya sé que usted se resistirá; pero ¡qué lucha para usted, Fernando, y qué padecer! Cuando ya estemos casados, Lila no tendrá más remedio que aceptar el hecho consumado, podré ya vivir con ella y destruir con mi ternura su antipatía. ¿Quiere usted que partamos para Roma, no es verdad?

¿Cómo había de resistir Fernando cuando ella le miraba con sus hermosos ojos suplicantes, y cuando además ponía el dedo en la llaga hablándole de su temor secreto, de la oposición implacable que recibía? Bertranda tenía razón: Lila se resignaría ante lo irrevocable.

Vió su victoria, y levantándose palmoteó diciendo:

— Y ahora, hagamos el equipaje.

La desaparición de Duvernoy no podía pasar inadvertida en Pontarlier. No bien entró el pintor en el coche del ferrocarril cuando la Sra. Fournéron ya sabía la noticia. Y por cierto que la recibió de su tendera de ultramarinos mientras le pesaba una bien entendida mezcla de moka, borbón y martinica y comentaba las noticias del día; la tendera le dijo:

— Acabo de ver pasar por delante de la puerta al Sr. Duvernoy, que iba en un coche y llevaba una maleta sin duda para tomar el tren.

La Sra. Fournéron se encogió de hombros.

— Tiene usted telarañas en los ojos, mi buena amiga, contestó, porque el Sr. Duvernoy no piensa en viajar. Le vi anoche y por cierto que me habló de lo contento que está de haber vuelto á su casa.

Un parroquiano intervino en la conversación diciendo:

— Pues algo debe de haber, porque he visto un ordenanza de telégrafos que llamaba á su puerta llevando un despacho.

La tía Fournéron no quiso oír más, y dejándose olvidadas en el mostrador todas sus compras, echó á correr.

Sin entretenerse en preguntar á los criados, subió la escalera con presteza juvenil, y entró en la habitación donde Lolota desolada procuraba en vano consolar y tranquilizar á Lila.

— ¿Dónde está mi sobrino?, preguntó.

Conociendo que le llegaba una aliada, Lila se incorporó en su cama.

— Tía, dijo, yo sé adónde ha ido papá; ha ido á buscar á la mujer roja.

Y juntando sus manecitas añadió:

— Impídale usted, tía; mire usted que es muy mala; no hay que dejar que papá la traiga.

En seguida volvió á sollozar mientras la tía Fournéron hacía al aya preguntas terminantes y seguidas. ¡Ah! Las respuestas no daban lugar á duda: el pintor había contraído en Lausana unas relaciones peligrosas.

Felipe de Aubián no había dado en vano la voz de alerta, y la liga de familia había depuesto prematuramente las armas.

La anciana señora corrió á casa de las Lezines, poniéndolas en pocas palabras al corriente de aquella marcha inopinada. El peligro era grande, y urgente tomar una determinación.

— ¡Ah! ¡Si Santiago estuviera aquí!., murmuró Eulalia.

— ¡Ah! ¡Si no hubiéramos hecho á Santa Rufelia el desaire de preferir á Santa Inés!, exclamó Aglae.

La Sra. Fournéron, á quien no hacían gracia las jeremiadas inútiles, interrumpió agriamente diciendo:

— Santiago está en Niza y Santa Rufelia en el cielo, lo cual significa que ni uno ni otra irán á Lausana á amonestar á Fernando, hacer que se avergüence de su punible conducta y volverle á llevar por el camino recto, pero yo estoy dispuesta á partir. Si hubierais oído á la pobre Lila cómo me suplicaba que salvase á su padre, comprenderíais que no debo retroceder ante ningún sacrificio.

No, la Sra. Fournéron no retrocedía, pero perdió el tiempo en consultas, yendo del notario al presidente del tribunal, del médico al registrador de hipotecas, del ingeniero de puentes y caminos al capitán de gendarmes. Todos, así los prudentes como

los belicosos, la disuadieron de acometer semejante empresa.

El presidente del tribunal le dijo que una tía carecía de autoridad sobre un sobrino de quien no era tutora, y se brindó a leerle los artículos del Código que de ello trataban. El notario, que había estado en Lausana, le manifestó que en aquella ciudad hay muchas fondas, que sería casi imposible encontrar allí al Sr. Duvernoy, y opinó que al menos aguardase a que hubiera escrito y dado su dirección. El capitán de gendarmes afirmó que la Sra. Martín tendría perfecto derecho de cerrar la puerta de su casa a la buena señora y negarse a recibirla.

Mientras la Sra. Fournéron se entretenía en esto, llegó un telegrama de Verona y poco después una carta.

El artista encomiaba la pintoresca belleza de aquella ciudad que conserva tan profundamente grabado el sello a la vez bárbaro y refinado de la época heroica de los Escaligeros. Siguió una carta de Venecia hablando del canal grande, de San Marcos y de las lagunas: cualquiera hubiera dicho que ambas cartas eran de un viajero preocupado únicamente de admirar la Italia.

La Sra. Fournéron se iba tranquilizando; verdad era que aquel viaje, aquella marcha precipitada tenían algo de sospechoso; que probablemente sería alguna intriguilla amorosa; pero las intrigas pasan, y se deben perdonar los pecados. Cuando se disipara el capricho, su sobrino volvería sin duda arrepentido. Las primas Lezines, poco conformes con esta moral un tanto acomodaticia, prorrumpían en severas protestas. El presidente del tribunal, el capitán de gendarmes y el notario eran del parecer de la señora Fournéron. Lila se sosegaba; puesto que su padre no estaba en Lausana debía consistir en que no pensaba en la mujer roja y no la traería consigo.

XVI

Cuando quedó definitivamente prefijado el día de la boda, Bertranda dijo al pintor:

— Supongo que habrá usted escrito a su familia participándole sus propósitos.

Pero Fernando no había escrito. ¿Cómo y cuándo hubiera podido hacerlo si ella no le daba tiempo? Habíase apoderado de él, no dejándole ni la posibilidad de reflexionar ni de retroceder. Todo eran visitas a los museos, a las iglesias, paseos a pie ó en carruaje; almorzaban y comían juntos, y cuando Fernando se separaba de ella por la noche para ir a su fonda, se sentía tan cansado que se dormía casi al punto.

Por consiguiente, no había escrito y así lo confesó. Bertranda puso en una mesita papel, plumas y tintero, y dijo agradablemente:

— Escribamos.

Y escribieron juntos, porque a decir verdad, si Fernando manejaba la pluma, ella era la que dictaba. Como tenía horror a toda correspondencia, le agradeció en extremo que le evitara la molestia de abogar por una causa perdida de antemano.

— Primero a mi tía Fournéron: ¿qué le diré?

— Que le pide usted para mí su protección y su patrocinio, y que tendré la mayor satisfacción en portarme siempre con arreglo a sus sanos y sabios consejos.

— ¿Y a las primas Lezines?

— Que les pide usted sus oraciones.

— ¿Y a Santiago?

— ¿Quién es Santiago?

— El primo hermano de Elena; un hombre muy amable a quien le gustan las mujeres bonitas, tal vez más de lo que le conviene. En este momento está en Niza.

— Pues bien: dígame usted que venga a vernos, que ardo en deseos de conocerle.

— No, no, le haría a usted la corte, y quiero que sean para mí todas las miradas y todas las sonrisas de usted.

Bertranda le amenazó con el dedo.

— ¡Oh, pícaro celoso!, exclamó.

Escritas las tres cartas, Fernando se detuvo indeciso.

— Y a Lila, ¿qué le diré?

— Que desde ahora seremos dos para quererla.

Por fin se quedó perplejo ante otro pliego de papel.

— Me cuesta mucho escribir esta carta, dijo el pintor. Es para mi cuñado Felipe. No me puedo casar sin participárselo, y como le he asegurado tantas veces que no olvidaría a su hermana...

— Pero si no la olvidará usted, objetó Bertranda; al contrario, hablaremos de ella a menudo.

Luego añadió temblándole ligeramente la voz:

— ¿Volverá pronto a Francia su cuñado de usted?

— No lo sé, contestó Fernando suspirando; carecemos de noticias tuyas, y sólo sabemos que su barco se ha perdido entre los hielos del polo.

— Entonces, ¿a qué escribirle, puesto que le es a usted tan penoso y no sabe si recibirá la carta? Cuando estemos casados, Fernando, tendré mucho gusto en ser la secretaria de usted, porque sería lástima que la pluma usurpara el puesto de los pinceles.

Fernando recibió a estas cartas las contestaciones ya previstas: una severa filípica de la Sra. Fournéron contra los imprudentes que, fiándose en sus propias luces, no consultan a nadie; una piadosa admonición de las primas que rogarían por él al Dios de misericordia; Carlota escribió una larga y conmovedora carta en la que el corazón lacerado de la misera alemana no se permitía exhalar su amargura y rebotaba en votos de anhelada ventura; Santiago daba su más entusiasta parabién.

Suerte tuvo Bertranda en que este último se encontrara en Niza y no en Pontarlier cuando recibió la carta de Fernando. Un galanteo con una elegante americana le tenía sorbido el seso.

— ¡Calla!, exclamó filosóficamente. Parece que ese pobre Fernando se ha dejado atrapar por su picarilla y que se casa con ella. ¡Qué plancha, gran Dios, qué plancha! Solamente las personas formales pueden cometerlas de ese calibre. Lo que yo quisiera ver ahora es el hocico de la tía Fournéron y las caras escandalizadas de las Lezines. Sería cosa de pagar por contemplarlas, y si el viaje no fuese tan largo... Pero ¿cómo se modifican las cosas y cambian de aspecto según los países y las latitudes! En Pontarlier, yo formaba parte de la liga santa, mientras que aquí estoy en favor de esa picarilla. Esto será más divertido, porque la verdad es que las reuniones de familia carecían allá abajo de alegría.

Cogió otra vez la carta y la volvió a leer. De pronto le chocó el nombre de Bertranda, en el que al pronto no se había fijado, evocando en su imaginación algún recuerdo.

— ¡Bertranda, Bertranda!, decía. Es un nombre nada común ni vulgar. Pero ¿dónde diablos he conocido yo una Bertranda? ¿Sería en París? No me acuerdo bien.

En su memoria debilitada de viejo vividor se confundían muchos nombres de mujeres.

— ¡Bertranda, Bertranda, Berta, Bertilde! ¿Dónde delante he conocido esa?..

De pronto exclamó:

— ¡Ah, sí! Bertranda Martín. La condenada Bertranda de Leodiceo y del primito Felipe, la doncella del melodrama a orillas del Océano. Sí, lo recuerdo bien. ¡Y a Fernando se le ha ocurrido casarse con esa comedianta! ¿Qué dirá Felipe cuando vuelva? Y yo, ¿qué voy a hacer?.. ¡Tunanta! Hay tunantas de tunantas; pero esa me ha dado ya bastante que hacer.

Reflexionó y luego dijo:

— Creo que lo mejor será no mezclarme en este asunto. Demasiado he hablado ya de él, y en último resultado, poco me importa.

En estas disposiciones de prudente abstención escribió su carta de felicitación. Gracias a la americana, el corazón de Santiago rebotaba en aquel momento de indulgencia para con todos los enamorados.

Por lo que hace a Lila, se resistió a las súplicas de Carlota y se negó obstinadamente a contestar a su padre. En cambio dirigió a Felipe su grito de auxilio.

«Ven, ven, padrino; te lo suplico; apídate de tu Lila; papá se quiere casar con la mujer roja, él mismo me lo ha escrito; ya ves que no me equivocaba cuando te dije que me lo quitaría.

»Si yo pudiera ir a buscarle a Roma, le rogaría dulcemente, pero con energía, y quizás lograría que no se casara con ella; pero la mala Carlota se niega a acompañarme, y también mis primas Lezines y mi tía Fournéron. ¡Oh padrino! Si estuvieras aquí, tú me llevarías; papá te escucharía, y le dirías que esto te da mucha pena y también a mamá Elena en el cielo.

»Carlota dice que tu barco está aprisionado entre los hielos. Pues entonces, es bien fácil: no tienes más que pasar a tierra patinando, y en seguida tomas el tren y me expides un despacho para que yo vaya a esperarte a la estación; inmediatamente partiremos para Roma: no hay momento que perder si hemos de llegar a tiempo.

»Hasta la vista, padrino; no te diré que soy desgraciada, puesto que tú no quieres; pero si papá trajese aquí a esa mala mujer roja, me moriría de pesadumbre.»

Esta fué la última carta que Lila escribió a su joven padrino.

XVII

Tan luego como transcurrió el plazo de las formalidades legales, Fernando y Bertranda se casaron: no era tan necia que comprometiera con vanos aplazamientos una victoria tan difícilmente conseguida.

Pasó el invierno para Fernando como un sueño encantado: gozaba de la hora presente como enamorado y como artista: hubiera querido prolongar su permanencia en Roma, olvidar el resto del mundo, las discusiones, las reconvenções y las envidias; las tías, las primas y hasta su hija; no separarse de Bertranda más que por las Madonas de Rafael, admirar éstas, adorar a aquélla, contemplar y amar.

Pero las visitas interminables a los museos, los éxtasis ante las obras maestras acabaron por aburrir a su joven esposa, que tenía prisa por abandonar aquella vida nómada y volver a disfrutar cuanto antes de las comodidades del hogar doméstico, ese lujo supremo de que estaba privada hacía tanto tiempo: el *home*.

— ¿Cuándo nos marchamos?, preguntó un día.

Fernando se turbó.

— Amada mía, contestó, ¿no somos bastante felices aquí?

Bertranda meneó la cabeza.

— Sí, pero disfrutamos de una dicha egoísta y tenemos abandonada a tu hija. Tengo el deber de reemplazar a la madre que ha perdido y procurar granjearme su cariño; cada día que pasa aumenta la antipatía que se la inspira contra mí.

— ¿Quién se permite?.., preguntó el pintor con cólera.

— Todos, contestó ella con el acento resignado de una mártir, todos, los mejores y los peores, tu tía, tus primas y sobre todo Carlota.

— En cuanto a esa, protesto; te venera y te adora.

Bertranda se sonrió irónicamente.

— Has sido juguete de esa comedianta, contestó; ¿no sabes que quería casarse contigo?

Parecióle esta idea tan cómica a Duvernoy que respondió con una carcajada; pero Bertranda ni siquiera sonrió. Le contó las candidas confidencias de la alemana, por supuesto, desfigurándolas algo, citando hechos y fragmentos de frases, y la representó como una mujer ávida, astuta y hábilmente calculista bajo una sencillez aparente.

Un hombre menos enamorado que Fernando no se habría dejado convencer; pero él estaba cegado por los rayos de la luna de miel, y cuando aquella mujer adorada se dignó confesarse celosa, se sintió singularmente halagado.

— La despedirás, ¿no es verdad, Fernando? Harás este sacrificio en aras de mi amor. Por lo demás, esa mujer educaba muy mal a nuestra querida niña.

El pintor tuvo que convenir forzosamente en esto último.

— Era demasiado débil, dijo queriendo abogar por la acusada.

— Di demasiado taimada, replicó Bertranda.

Duvernoy defendió al aya con timidez, perdiendo terreno a cada palabra, y temeroso de que se le acusara de complicidad en un amor del que no había tenido noticia.

Bertranda insistió.

— Deseo que se haya marchado antes de nuestra llegada.

Falto de valor, acabó por ceder; en adelante no tendría más voluntad que la de su mujer. El primer acto de debilidad abre la puerta a todas las concesiones pusilánimes.

Ella quiso llevar hasta el extremo su victoria.

— Hay que despedirla inmediatamente.

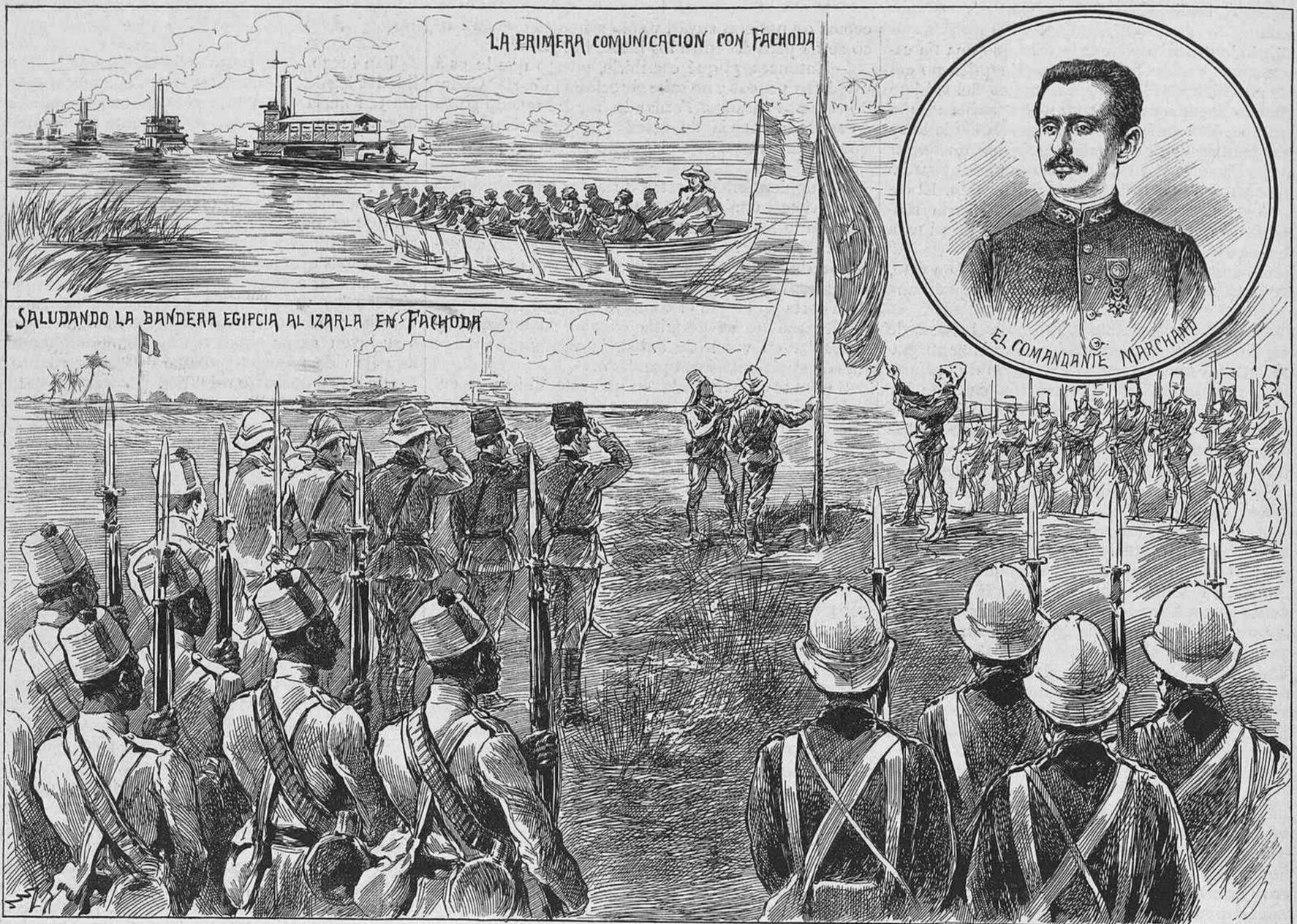
— Escríbele tú misma; yo no tendría ánimo para significarle tan dura resolución.

Esto era lo que ella deseaba. Su carta fué un modelo de gracia felina; cada palabra acariciaba y hacía brotar sangre. Esta frase única: «Llego y la despido a usted,» fué exornada con las más cariñosas circunlocuciones. Bertranda se vengó en aquel momento de los temores que la imprudente Lolota le había inspirado y del papel de confidente que le impusiera. Como regalo de boda incluyó en su carta una letra contra el banquero de Duvernoy.

Un rayo que hubiera caído a los pies de la alemana no la habría aterrado tanto como la carta de Bertranda.

No sintió ni la meliflua perfidia de aquellas frases cariñosas, ni la humillante limosna del regalo en dinero; todas estas finezas malévolas se embotaron en su robusto corazón; pero el golpe que la hirió en medio del pecho fué la orden de separarla de él, de su ídolo, del amor más grande de su vida.

(Continuará)



CONFLICTO ANGLO-FRANCÉS. - LA CUESTIÓN DE FACHODA

LA CUESTIÓN DE FACHODA

Las alarmantes proporciones que va tomando el conflicto anglo francés con motivo de la cuestión de Fachoda, nos mueven á consagrar á este asunto algunas líneas que al propio tiempo servirán de explicación del adjunto grabado, cuyo interés de actualidad creemos ocioso encarecer.

En 1896 el gobierno francés confió al entonces capitán y hoy comandante Marchand la misión de explorar la región del alto Nilo. La expedición emprendió la marcha desde la desembocadura del Congo, y luchando con inmensas dificultades y teniendo que vencer grandes obstáculos, pudo internarse en el continente africano dejando aseguradas sus posiciones en Dem Ziber, Fuerte Desaix y Meschra-el-Rek.

Hacia algún tiempo que no se tenían noticias de la misión, cuando recientemente circuló por la prensa el siguiente telegrama:

«Algunos días antes de la llegada del ejército anglo-egipcio á Ondurmán, el califa supo que unos soldados blancos habían ocupado Fachoda: para asegurarse de la verdad del hecho envió dos vapores, uno de los cuales, al regresar á Ondurmán y en vista de que la ciudad se hallaba en poder del sirdar, entregóse á éste. El capitán refirió que al llegar á Fachoda había encontrado aquel lugar ocupado por tropas blancas que rompieron el fuego contra las dos embarcaciones.»

Aquellas tropas blancas no eran otras que las de la misión Marchand.

Sin pérdida de momento, el sirdar Kitchener salió de Ondurmán el día 10 de septiembre último con cinco vapores, de ellos dos cañoneros, tres batallones sudaneses, cien highlanders y varios cañones Maxim, llegando el día 21 á Fachoda y viendo desde el río que en la pequeña península que forma aquel territorio ondeaba el pabellón francés.

El comandante Marchand y el capitán Germain, que ya habían recibido previo aviso del viaje del sirdar, salieron en una canoa al encuentro del vapor que conducía á Kitchener y subieron á bordo. Una vez allí el general anglo-egipcio les manifestó que la presencia de tropas francesas en Fachoda y en el valle del Nilo debía ser considerada como una vio-

lación directa de los derechos de Egipto y del gobierno inglés, á lo cual replicó Marchand que había recibido de su gobierno órdenes terminantes para que ocupara aquel territorio é izara en él la bandera francesa, y que sin contraorden de su gobierno le era imposible retirarse.

Kitchener preguntó entonces si en presencia de fuerzas superiores estaba dispuesto á resistirse á que se izara la bandera egipcia: como era natural, Marchand contestó que no podía resistir, y entonces izóse el pabellón egipcio con gran pompa en un pequeño fuerte en ruinas, situado á unas 500 yardas del sitio en que ondeaba la bandera francesa.

Después de haber enviado un cañonero á Meschra-el-Rek, puesto ocupado también por la misión francesa, y de haber establecido á su vez un puesto en el Sobat, el sirdar regresó á Ondurmán, no sin antes haber prevenido á Marchand que, estando sujeto aquel territorio á la ley militar, quedaba prohibido todo transporte de material de guerra por el Nilo.

Así las cosas, el asunto ha pasado á la jurisdicción de la diplomacia.

El gobierno inglés ha exigido del de Francia que ordenara al comandante Marchand que se retirara de Fachoda; pero el ministro de Negocios Extranjeros francés quiso, antes de contestar á esta especie de ultimátum, comunicarse con el jefe de la expedición, y á este efecto, de acuerdo con Inglaterra, envió á Khartum, por medio de un vapor anglo-egipcio que remontó el Nilo, un despacho á Marchand rogándole que sin demora enviase al Cairo un oficial con la copia de la memoria por él redactada y de la cual expidió hace algún tiempo, por la vía del Congo y de Abisinia, dos ejemplares que todavía no han llegado á París.

En cumplimiento de esta indicación, Marchand confió al capitán Baratier la misión de llevar la referida memoria al Cairo y comunicarla desde allí por telégrafo al ministro francés.

La publicación del *Libro azul* en Inglaterra y del *Libro amarillo* en Francia permite conocer los documentos relativos á esta cuestión que entre los gobiernos de ambos países se han cruzado, y por consiguiente las razones que cada uno alega para sostener sus respectivos puntos de vista.

De estos documentos se desprende que en 9 de septiembre último lord Salisbury expidió un telegrama informando al gobierno francés de que «á consecuencia de la toma de Khartum, el gobierno inglés y el egipcio vienen á ser por derecho de conquista dueños de todos los territorios que hayan pertenecido al califato», entre los cuales se cuenta Fachoda. A esto replicó tres días después el ministro de Negocios Extranjeros de Francia que la expresión «terrenos que hayan pertenecido al califato» era demasiado vaga, y que, además, el Sudán había dejado de pertenecer durante muchos años á Egipto, por lo cual no podían invocarse los derechos de éste, que quedaron destruidos con la dominación de los derwiches. El *Foreign Office* contestó que de ningún modo podía admitir esta opinión, porque si bien después de la derrota de Gordón el Sudán fué sometido por los califas, derrotados éstos, debía aquel territorio revertir por derecho de conquista á los vencedores.

Tales son los puntos de vista principales en que respectivamente se colocan las dos potencias contendientes y que éstas parecen dispuestas á sostener á todo trance.

Como se comprenderá, la agitación en ambos países es grande, pues además de la cuestión de derecho que cada una pretende tener de su parte, está la conveniencia que la posesión del territorio en litigio significa para su desenvolvimiento colonial en el continente africano.

La prensa de las dos naciones discute el asunto con verdadero apasionamiento y aconseja la mayor energía á sus respectivos gobiernos: éstos, por su parte, se aperciben á todas las contingencias, y mientras la diplomacia trabaja por un lado, no cesan por otro los aprestos bélicos, sobre todo en lo que se refiere á los armamentos navales.

A pesar de todo, no sería difícil que los gabinetes de París y de Londres llegaran á un arreglo amistoso por virtud del cual los franceses abandonasen Fachoda mediante ciertas compensaciones.

De no ser así, de estallar la guerra entre ambas potencias, las consecuencias que de ello resultar pudiesen han de ser necesariamente de gran trascendencia para todo el continente europeo. - A.

LIBROS
ENVIADOS A ESTA REDACCION
POR AUTORES Ó EDITORES

ALGUNAS OBSERVACIONES SOBRE LOS DESASTRES DE LA MARINA ESPAÑOLA EN LA GUERRA CON LOS ESTADOS UNIDOS EN EL AÑO DE 1898, por D. Carlos Saavedra y Magdalena. — Interesante folleto en el cual con gran copia de datos y sólidos razonamientos se estudian los combates navales de Cavite y Santiago de Cuba y el viaje de la llamada escuadra de reserva y las causas á que fueron debidos aquellos desastres; se señalan los defectos de que adolece la organización de la marina de guerra y se indican las reformas que han de adoptarse para remediar los males que nos han traído á la situación presente. En este trabajo ha demostrado el ilustrado alférez de navío Sr. Saavedra sus profundos conocimientos en la importante materia de que trata y un criterio elevado y práctico para deducir de las consecuencias las causas y para encontrar los medios de evitar la reproducción de los males que todos lamentamos. El folleto ha sido impreso en el Ferrol, en la imprenta de «El Correo gallego.»

COMERCIO EXTERIOR Y MOVIMIENTO DE NAVEGACIÓN DE LA REPÚBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY Y VARIOS OTROS DATOS CORRESPONDIENTES AL AÑO 1897 COMPARADO CON 1896. — En varias ocasiones hemos elogiado como se merecen los trabajos de la Dirección de Estadística general del Uruguay, que pueden considerarse como modelos en su género: el que hoy nos ocupa contiene datos tan completos como interesantes acerca del comercio y de la navegación de aquella república correspondientes al año 1897 que se anticipan á la publicación del Anuario del citado año, comparados con los del año anterior.



OFELIA CUADRO DE RICARDO FALKENBERG
(Exposición de Bellas Artes de Munich de 1898)

CHISPASOS Y PERFILES, por Mario Arozena. — La casa Francisco Hernández y C.ª, de Santa Cruz de Tenerife, ha comenzado la publicación de una «Colección de autores canarios,» cuyo primer volumen contiene varios artículos críticos, poesías y cuentos de D. Mario Arozena, en todos los cuales se manifiestan las excelentes dotes literarias del reputado escritor que ha popularizado el seudónimo de *El bachiller Carrasco*.

SAN RAFAEL. ACADEMIA DE ESTUDIOS SUPERIORES. — Hemos recibido el reglamento de esta Academia que dirige en Madrid el ilustrado capitán de Estado Mayor D. Francisco de Rute y que está dedicada á la enseñanza de las materias exigidas para el ingreso en las Academias militares y de las asignaturas de las carreras de Derecho, Ciencias y Filosofía y Letras. En ella se admiten internos, medipensionistas y externos, y los resultados obtenidos y consignados en el prospecto no pueden ser más satisfactorios.

PERIÓDICOS Y REVISTAS

El Sumapaz, semanario de Fusagasugá (Colombia); *Theatralia*, revista teatral italiana ilustrada que se publica quincenalmente en Buenos Aires; *Boletín del Instituto Americano*, publicación mensual, órgano del instituto que dirige en Adrogué (República Argentina) D. Ricardo Monner Sans; *Boletín mensual demográfico de Montevideo*, interesante publicación estadística oficial de la República Oriental del Uruguay; *El eco de Galicia*, revista decenal ilustrada de Buenos Aires, órgano de los gallegos residentes en las repúblicas sudamericanas; *El Monitor de las Exposiciones*, edición española del «Moniteur des Expositions,» órgano de la Exposición de París de 1900; *Letras y Ciencias*, revista periódica quincenal de Santo Domingo.

ROB BOYVEAU LAFFECTEUR

Depurativo SIMPLE. Exclusivamente vegetal
Prescrito por los Médicos en los casos de
ENFERMEDADES CONSTITUCIONALES
Acritud de la Sangre, Herpetismo,
Aroné y Dermatitis.
CE. FAVROT y C.ª, Farmacéuticos, 102, Rue Richelieu, PARIS. Todas Farmacias de Francia y del Extranjero.

El Mismo con IODURO DE POTASIO

Empleado como tratamiento complementario del ASMA, este medicamento es igualmente SOBERANO en los casos de Gota, Reumatismo crónico, Angina de Pecho, Enfermedades Específicas hereditarias ó accidentales, Escrófula y Tuberculosis. Folleto según los últimos trabajos de MÉDICOS ESPECIALES.

contra las diversas
Afecciones del Corazon,
Hydropesias,
Toses nerviosas;
Bronquitis, Asma, etc.

El más eficaz de los
Ferruginosos contra la
Anemia, Clorosis,
Empobrecimiento de la Sangre,
Debilidad, etc.

Grageas al Lactato de Hierro de
GÉLIS & CONTE
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.

HEMOSTÁTICO el más PODEROSO
que se conoce, en pocion ó
en inyeccion, ipodérmica.
Las Grageas hacen mas
fácil el labor del parto y
detienen las pérdidas.

ERGOTINA BONJEAN
Medalla de Oro de la Sa.ª de F.ª de Paris
LABELONYE y C.ª, 89, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

Jarabe Laroze

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastralgias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.

JARABE

al Bromuro de Potasio

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S.º-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.

Fabrica, Expediciones : J.-P. LAROZE & C.ª, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

PILDORAS Y JARABE
de
BLANCARD

con Ioduro de Hierro inalterable
CONTRA
la Anemia, la Pobreza de la Sangre,
la Opilacion, la Escrófula, etc.
Hágase el Producto verdadero con la
firma BLANCARD y las señas
40, Rue Bonaparte, en Paris.
Precio : PILDORAS, 4 fr. y 2 fr. 25; JARABE, 3 fr.

ENFERMEDADES del ESTOMAGO

Pepsina Boudault

Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA
PREMIO DEL INSTITUTO AL D.º CORVISART, EN 1856
Medallas en las Exposiciones Internacionales de
PARIS - LYON - VIENNA - PHILADELPHIA - PARIS
1897 1876 1876 1876

ES EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS
DISPEPSIAS
GASTRITIS - GASTRALGIAS
DIGESTION LENTAS Y PENOSAS
FALTA DE APETITO
Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION
BAJO LA FORMA DE

ELIXIR. . . de PEPSINA BOUDAULT
VINO . . . de PEPSINA BOUDAULT
POLVOS. . . de PEPSINA BOUDAULT
PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine
y en las principales farmacias.

GARGANTA
VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN

Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflammaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente á los Señs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz. — Precio : 12 REALES.
Hágir en el rotulo a firma
Adh. DETHAN, Farmacéutico en PARIS

PANCREATINA
DEFRESNE
PILDORAS

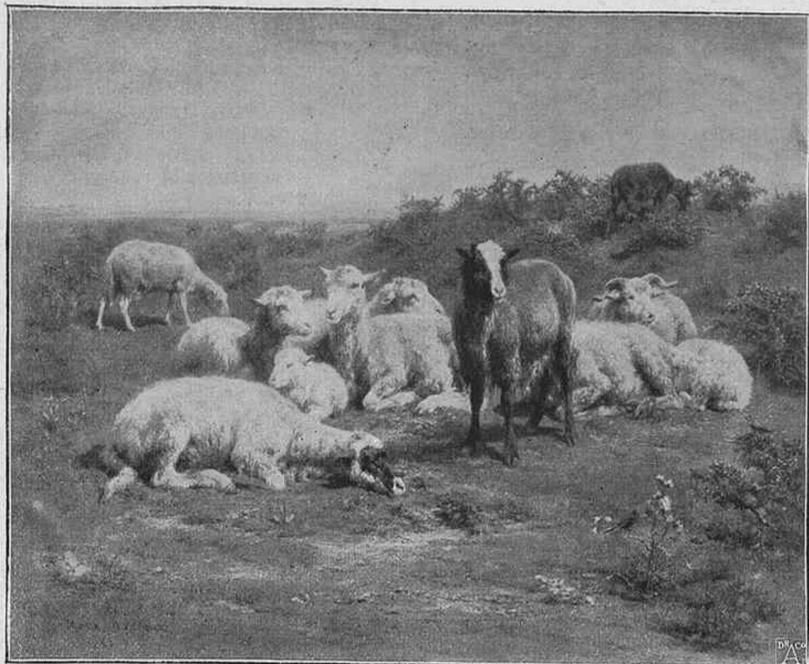
Adaptada por la Armada
y los Hospitales de Paris.
el más poderoso
DIGESTIVO } el más completo
Digiere no solo la carne, sino tambien la grasa,
el pan y los feculentos.
La PANCREATINA DEFRESNE previene las afecciones del estómago y facilita siempre la digestion.
En todas las buenas Farmacias de España.

Agua Léchelle

HEMOSTÁTICA. — Se receta contra los
fujos, la clorosis, la anemia, el apocamiento,
las enfermedades del pecho y de los intestinos, los espantos de sangre, los catarros, la disenteria, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos. El doctor HEURTELOUP, médico de los hospitales de Paris, ha comprobado las propiedades curativas del Agua de Léchelle en varios casos de fujos uterinos y hemorragias en la hemotisis tuberculosa. —
DEPÓSITO GENERAL: Rue St-Honoré, 165, en Paris.

AVISO A LAS SEÑORAS
EL ANIOL DE LOS
JORET-HOMOLLE
CURA
LOS DOLORES, REÍARDOS,
SUPPRESSIONES DE LOS
MENSTRUOS
F.ª BRIANT 150 R. RIVOLI
PARIS
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

REMEDIO de ABISINIA EXIBARD
En Polvos y Cigarrillos
Alivia y cura CATARRO,
BRONQUITIS,
OPRESION
ASMA
y toda afección
Espasmódica
de las vias respiratorias.
25 años de éxito. Med. Oro y Plata
J. FERRÉ y C.ª, 102, Rue Richelieu, Paris.



GRUPO DE CARNEROS, cuadro de Rosa Bonheur



LEÑADORAS, cuadro de N. Díaz de la Peña

MEDALLAS + LONDRES 1862 + PARIS 1889 + AMBERES 1894 +
DE APIOL DE JORET Y HOMOLLE REGULARIZAN LOS MENSTRUOS
 EVITAN DOLORES, RETARDOS
 DEPOSITO GENERAL FARMACIA BRIANT PARIS 150 R. RIVOLI Y TODAS FARMACIAS Y DROGAS

PAPEL ANTI-ASMATICOS BARRAL
 PRESCRITOS POR LOS MEDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BIN BARRAL
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALBESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTITION
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
 Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTITION.
 EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
 LA FARMACIA DELABARRE DEL DR. DELABARRE



CEREBRINA
 REMEDIO SEGURO CONTRA LAS
JAQUECAS Y NEURALGIAS
 Suprime los Cólicos periódicos
 E. FOURNIER Farm. 114, Rue de Provence, en PARIS
 en MADRID, Melchor GARCIA, y todas farmacias
 Desconfiar de las Imitaciones.

Las
 Personas que conocen las
PILDORAS
 DEL DOCTOR
DEHAUT
 DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

PAPEL WLINSI

Soberano remedio para rápida curacion de las **Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc.**, 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.

Depósito en todas las Farmacias
 PARIS, 31, Rue de Seine.

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO
 PASTILLAS y POLVOS
PATERSON
 con BISMUTHO y MAGNESIA
 Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eruetos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
 Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

VINO AROUD

MEDICAMENTO-ALIMENTO, el más poderoso **REGENERADOR** prescrito por los MEDICOS.

DOS FÓRMULAS:

I - **CARNE-QUINA**
 En los casos de Enfermedades del Estómago y de los Intestinos, Convalecencias, Continuación de Partos, Movimientos Febriles é Influenza.

II - **CARNE-QUINA-HIERRO**
 En los casos de Clorosis, Anemia profunda, Menstruaciones dolorosas, Fiebres de las colonias y Malaria.

Estas dos fórmulas existen tambien bajo forma de **Jarabes** de un gusto exquisito é igualmente muy recomendadas por el mundo medical.

CH. FAVROT y C^{ia}, Farmacéuticos, 102, Rue Richelieu, PARIS, y en todas Farmacias.

APIOLINA CHAPOTEAUT
 NO CONFUNDIRLA CON EL APIOL

Es el más enérgico de los emenagogos que se conocen y el preferido por el cuerpo médico. Regulariza el flujo mensual, corta los retrasos y supresiones así como los dolores y cólicos que suelen coincidir con las épocas, y comprometen á menudo la

SALUD DE LAS SEÑORAS
 PARIS, 8, rue Vivienne, y en todas las Farmacias

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNÉ
 Curadas por el Verdadero
 Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. - 50 Años de éxito.

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. **50 Años de Exito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote y cejas). Para los brazos, empléese el **PILIVORE, DUSSEY**, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN